



Los pactos
Secretos

Antología II del Taller Literario Mariano Lebrón Saviñón

Los pactos secretos

Antología II del Taller Literario
Mariano Lebrón Saviñón

Santo Domingo,
República Dominicana,
2020

JUNTA DE DIRECTORES DE LA UNIVERSIDAD APEC

Antonio César Alma Iglesias
Presidente

Álvaro Sousa Sevilla
Vicepresidente

José De Moya
Tesorero

Robinson Peña Mieses
Secretario

Elena Viyella de Paliza
Director

Pedro Urrutia Sangiovanni
Director

Manuel Antonio Martínez Ortega
Director

María Angélica Haza
Director

Alejandro Peña Defilló
Director

Clara Reid de Frankenberg
Director

Pedro Oller Villalón
Director

Fernando Langa Ferreira
Presidente de APEC

Dr. Franklyn Holguín Haché
Rector

COMITÉ EDITORIAL

Franklyn Holguín Haché

Francisco D'Oleo

Carlos Sangiovanni

Andrés L. Mateo

Nan Chevalier

Rosmina Valdez

Los pactos secretos. Antología II del Taller Literario Mariano Lebrón Saviñón /
Ana Zaudit Muñoz

[y otros doce]; Nan Chevalier, prologuista -- Santo Domingo : Universidad
APEC, 2020.

152 páginas : ilustraciones

ISBN: 978-9945-423-46-4

1. Literatura - República Dominicana 2. Antologías - República Dominicana.
I. Zaudit Muñoz, Ana. II. Chevalier, Nan, prologuista.

860.5
P121s
CE/UNAPEC



Los pactos secretos

Antología II del Taller Literario Mariano Lebrón Saviñón

© Universidad APEC

ISBN: 978-9945-423-46-4

Gestión editorial:

Oficina de Publicaciones

Vicerrectoría de Investigación, Innovación y Desarrollo Estratégico

Diseño de cubierta:

Departamento de Comunicación y Mercadeo Institucional

Diagramación:

Eric Simó para Zejel Media Group

Impresión:

Editora Búho

Febrero 2020

Impreso en República Dominicana

Printed in the Dominican Republic

ÍNDICE

Presentación	
FRANKLYN HOLGUÍN HACHÉ	9
Prólogo	
NAN CHEVALIER.....	11
Talleristas:	
Ana Zaudit Muñoz.....	13
Ángelo Martínez.....	23
Carlos Muñoz.....	27
Denisse Richard	35
Fabio Luis	39
Julio Sang.....	43
Laura Paulino S.....	49
Melissa Paulino-Sant.....	55
Meredith Andújar.....	63
Migsael Tatis.....	71
Rosandi Minyety.....	87
Sinny.....	93
Yeimy de Dios M.	103
Actividades del Taller.....	109

PRESENTACIÓN

Por segundo año consecutivo la Universidad APEC celebra la Feria del Libro Unapec, como parte de las actividades para conmemorar el Mes de la Patria. En esta ocasión, y a más de la rica oferta de libros sobre las ciencias en general, literatura, historia y cultura del pueblo dominicano, la feria se orienta también a la transmisión de conocimiento derivado de la investigación científica, como se muestra en la novedosa inclusión de las actividades del Parque Cibernético de Santo Domingo y del Banco de Cerebros de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (Unphu).

Lo anterior, además de otras instituciones que nos prestigian con su presencia: Archivo General de la Nación, Academia de Ciencias, Sociedad Dominicana de Bibliófilos e Instituto Duarte. Para dar mayor relevancia a esta nueva entrega, durante la feria se pondrán a circular cuatro nuevas obras de nuestro Fondo Editorial.

La primera de ellas es el número 4 de la revista *Estudios Generales*, con artículos de interés y trascendencia para la universidad y la sociedad. También presentaremos tres libros nuevos, dos de ellos bajo la colección Unapec por un Mundo Mejor: “Educación para el consumo sostenible en la Universidad APEC: rol de las universidades”, de la autoría de Elsa Moquete, Francisco D’Oleo y Pedro Solares, bajo la serie Investigación; y “Repositorio institucional de la Universidad APEC”, de la autoría de Amarilis Beltré Méndez, bajo la serie Conferencias. Con estas dos publicaciones comienza la etapa digital de esta colección, que inició en el 2005 para ofrecer un espacio donde visibilizar la actividad investigativa y docente de la Unapec.

Más aún, se pondrá a circular la segunda recopilación de los trabajos de nuestro taller literario: “Los pactos secretos. Antología II del Taller Literario Mariano Lebrón Saviñón”. Esta publicación constituye para nosotros un logro importante, tanto en términos

institucionales como sociales, pues recoge el trabajo de diversos miembros de la comunidad unapechiana: estudiantes, directivos y otros ciudadanos interesados en la literatura y las diferentes ramas derivadas de ella. También confirma la permanencia de uno de los espacios con los que Unapec reafirma su compromiso con los postulados de la institución: “La formación del hombre en la plenitud de sus atributos intelectuales, y el estímulo del desarrollo integral de la personalidad”.

Verdaderamente nos regocijan los logros que evidencian estas publicaciones y la feria misma, pues implican la producción de cuatro nuevas obras del Fondo Editorial, una segunda entrega de la Feria del Libro Unapec y la onceava conmemoración del Mes de la Patria. Todos ellos hablan de que nuestra institución continúa avanzando en el proceso de producción de nuevos conocimientos para nuestros estudiantes y la sociedad.

Dr. FRANKLYN HOLGUÍN HACHÉ
Rector, Universidad APEC

PRÓLOGO

La dinámica de un taller literario suele ser muy activa: por él desfilan a través de los años una gran cantidad de jóvenes en busca de formación intelectual y producción creativa, para luego continuar con voz propia por el sendero de la literatura. Eso es, precisamente, lo que ha ocurrido con el Taller Literario Mariano Lebrón Saviñón. Durante una década, por el TLMLS ha pasado una cantidad notable de jóvenes interesados en el arte y han participado de las actividades propias del Taller: lecturas y análisis de textos fundamentales, creación, encuentros con escritores, participación en los principales eventos culturales del país y publicación de sus propias producciones, como es el caso de la antología que hoy se pone a circular.

La Universidad APEC (Unapec) siente gran satisfacción al presentar ante la sociedad *Los pactos secretos. Antología II del Taller Literario Mariano Lebrón Saviñón*. Esta nueva publicación constituye una evidencia de que nuestro taller literario es uno de los más destacados de República Dominicana. También es preciso señalar que muchos de sus miembros han recibido premios y reconocimientos por sus creaciones, en los géneros cuento, ensayo y poesía; en la actualidad están en el proceso de publicación de los libros escritos durante estos años de labor incesante.

Estamos convencidos de que los lectores disfrutarán de la aventura estética que significa realizar el recorrido por las páginas de *Los pactos secretos*.

NAN CHEVALIER
Asesor



ANA ZAUDIT MUÑOZ

Nació un 20 de octubre en Santo Domingo, República Dominicana. Se licenció en Publicidad mención Diseño Gráfico, en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD). Su pasión por las letras le impulsa a pertenecer al Taller Literario Mariano Lebrón Saviñón, de la Universidad APEC (Unapec), del cual es miembro activo. Ha participado en las lecturas realizadas en el Festival de la Montaña, de Jarabacoa; en el Congreso Internacional de Escritores y Grupos Literarios, de Sosúa; en el Encuentro Nacional de Narradores y Talleres Literarios y el Festival Nacional de Narrativa de San Francisco de Macorís, y en el Pabellón de Autores Dominicanos y Espacio Joven de la Feria Internacional del Libro Santo Domingo.

“Siempre habrá alguien que dude de ti. Solo asegúrate que esa persona no seas tú”, en eso consiste la vida.

Tú

Te buscaré entre el otoño, en el color oscuro de las hojas,
entre el resfriado de la mañana y la neblina de la noche.
Voy a arroparme contigo, con tu aliento, ese que me quita el frío
con tus dedos que arrastran las migajas que hay en mi piel,
las que dejaron el extrañarte tanto, el necesitarte aquí.

Te llevo en mis pupilas, aunque de vez en cuando
sales despacio de mis ojos y corres como fuente
por toda mi mejilla; intento conservarte entre mis manos,
pero el tiempo se encarga de borrarte.

Voy a llevarte conmigo, quedándome aquí
y así engañar a la distancia, para cuando salga a buscarnos
no nos encuentre.

Te guardo en mayo, con o sin lluvia,
entre el Sol y el viento, la risa y el olvido, entre la hora
que cuando estoy contigo cobra los minutos más caros,
entre la alegría que cuando estoy sin ti ni se acerca.

En mi cabeza tengo nuestro mundo de plastilina,
el que construyo a mi antojo, ese donde el Sol es naranja
y la luna es verde; el arcoíris es de tonos pasteles
y sale por detrás de un árbol.

Tenemos un perro azul y es feliz, peces que cuidan el jardín,
ese que sembramos de aventuras y tardes memorables.
Las aves son de maíz, la noche es amarilla y casi nunca duerme.

En la entrada está tu avión de rayas, es de papel blando
y brilla en la oscuridad, nos lleva al cielo de acuarelas
en el vaivén de sus alas.

Tu olor lo siento, me despeina, me trae recuerdos,
me alerta y es justo cuando cierro la vista al mundo
y me concentro en ti.

Y aquí estás, intangible —lo sé—, pero quién dijo
que no eres tú.

Mayo 14

Me senté a llorarte, faltaron lágrimas.
A cada una de ellas le adjudiqué una causa, una culpa,
una razón de tu estúpido olvido, de tus ocupaciones desmedidas,
de esas horas donde mi presencia no cabía,
donde yo no formaba parte de tu desvelo intencional.

Intenté rasgarte de mis sienes, mas no pude,
mis dientes habían desgastado mis uñas.

Dentro de la calma busqué romper ese yugo que nos ata,
sacarte desde el principio de esta osadía que baila en mi cabeza,
que hace fiestas a escondidas a expensas de mí, de ti,
y de esos pensamientos que ni te enteras.

Mis manos presionan mi cabeza y ahora mis dedos te piensan,
saben lo que ocurre, tiemblan, te necesitan, les hablo
pero no dicen nada.

Ahora pienso en tus *jeans* gastados y en tu camisa de cuadros,
en tu taza blanca de café, impresa con esos números negros
que te gustan, la que te regalé por ser uno de esos días
especiales en los que no se celebra nada.

Haces colisión en mi mente, en mi estado de ánimo,
en mis batallas, las que dejé caer no sé dónde y las perdí,

en la guerra que ya no es guerra porque no tengo
por quien luchar.

Fluctúas en mi pecho, parece que va a estallar,
Has creado una barrera entre la cordura y mi realidad;
me miento, creo en tus mentiras, dudo de tu verdad,
de mi verdad.

Sí, me senté a llorarte, te lloré a gritos, a escondidas de mí.

Septiembre 26

Tengo ese frío inseguro que invade mi estómago,
el que resurge del miedo de tenerte sin garantías,
semejante al aire que entra y sale de mis pulmones.

Ahorraría las horas de espera, los momentos manipulados,
las palabras que no queremos percibir, las que nos rozan
la cara y nos apuñalan por la izquierda.

Tragaría la luz que sale de mis ojos, ese resplandor
que me delata, los destruiría, pero no puedo,
es constante, prevalece, no se inmuta.

Le rogaría a mi cordura que sea firme ante ti,
que no se destemple ante el roce de tu insensatez,
ya no sé cómo hablarle, no obedece, no escucha.

Haría tanto, nada a la vez.
Amputaría al tiempo para que no huya cuando estás en mí,
cuando ya no debo extrañarte, cuando mi respiración
es lentamente agitada, cuando estoy aquí,
justo en el horizonte de tu existencia.

Le gritaría al vacío que nos deje escapar, que sea el cómplice del ahora, de lo nuestro, de ese sosiego que nos abraza, de ese enigma que envuelve nuestras miradas, las que evadimos delante de todos, quizá no, a veces sí.

Somos lo que no callamos a solas, lo que vertimos cuando nuestra ansiedad nos roba la calma, cuando soltamos las agallas y nos volvemos los héroes de nuestra historia.

Somos más que el viento, que la dicha, más que una casualidad, más que el indigente frío de primavera, más que la compasión envuelta en promesas, somos más que tú, que yo, sin excusas inútiles, sin retornos apresurados; más que tus huellas dejadas en mi piel a media tarde cálida-fría.

Seremos más que la elocuente aventura de nuestras manos húmedas, aferradas una junto a la otra, más que esos minutos mal contados que se escapan deprisa por debajo de la cama y se esconden. —Diles que regresen, los necesito. —Aún no termino aquí.

Noviembre 13

Guardo un grupo de pensamientos que van a expensas de ti, y poco a poco se van recostando de mi piel, justo en la espalda, debajo de ese lunar que está un poco más arriba del centro.

Tal vez quería un poco del café de tu boca, volver a sentir esa respiración prolongada, ver cuando tu sonrisa va tomando forma delante de mis ojos.

No sé qué sería de nuestros roces si no le dedicáramos el tiempo concreto, o de nuestras caricias que no paran de reír, y dan vueltas hasta caer mareadas al suelo.

Te diré que estar entre tu equilibrio sur es perder la noción del tiempo,
de ese tranquilo, pero mal habido; el que siempre anda de prisa
cuando debo descifrar ese sabor que quedó palpado en nuestros labios.

Aunque quisiera no podría postergar los instantes que rodean
[mi estómago,
esos que tienen una fuerza astral, sin cuestionamiento,
sin nada para enloquecer más que la misma manía de llevarte
de la mano y cerrar los ojos justo cuando ya no sé dónde poner los pies.

Es increíble las veces que te dejé ser más que yo en mí,
más insensato que la montaña sin lluvia en el atardecer.

66•73

Quiero contarte que estoy enamorada de ti,
de tus discusiones a medias cuando aún no he comido nada,
de tus disgustos cuando no termino de contarte las cosas.

Enamorada de tus frustraciones cuando las cosas no salen bien,
de todas esas situaciones que tensan la cuerda entre los dos
y surge un poco la duda de si deberíamos seguir en esto.

Estoy al borde de amor por ti, cuando me dices que no sabes qué
[hacer conmigo,
de cuando haces ese silencio incómodo y no sé qué piensas.

Apasionada a veces con tu mal carácter, no me gusta, pero es tuyo.
Permanezco abrazada de todos esos momentos que desearía borrar
[de mis ojos,
de todas esas veces en que deseé que me tragara la tierra,
por ti, por esas cosas que no debieron pasar,
por todas esas heridas que se abrían sin antes cerrar las otras,

por todas esas cicatrices que ahora miramos de lejos y que de una forma u otra nos han hecho más fuertes.

Me encuentro ensimismada en ti, cuando me dejas esperando y las lágrimas me insultan y empañan mis pensamientos.

Estoy llena de amor por ti y por todas esas cosas que odio, las que nos dicen quiénes somos; enamorada hasta el último rincón de ti, de ese rincón que sale cuando se invoca.

Me desprendo de amor por ese tú, que está guardado para momentos como yo.

Indeleble

Me gusta cuando te muerdes las uñas, cuando llevas tan repetidamente tu mano a la boca, mientras la otra descansa hasta su próximo turno. Aprecio sentir tu calidez tan cercana a mi frío, ver tus constantes movimientos, a veces desorbitados, como queriendo escapar del mismo lugar, como deseando llegar donde estás.

Tu cabello, ese que nunca hace contacto con tu piel, tan simple, empapado de humedad, con ondas suaves y su corte casi siempre de la misma forma, es inigualable.

Tu barba, tan única e irrepetible, me apetece, conquista mis miradas, pone ansiosas mis manos, hace que quieran guardar ese leve rasguño que sienten al pasearse sobre ella.

Eres una especie de guarnición, un campamento para refugiados. Mantienes mis expectativas al día y siempre cambias la fecha de caducidad de mi sonrisa.

Tienes un poco de esto y de aquello, nunca sé qué es, pero lo tienes, me lo das, lo recibo, me gusta.

Tus ojos tan hábiles, a veces se ocultan debajo del vaivén de los míos y desprenden un manifiesto cambio de color, ese que suelo ver yo, sino es que lo imagino.

Me quedo contigo, con el poco o mucho tiempo, con tu sonrisa que conquista la hora exacta en que mis ojos te exploran, chocan con ella y se detienen a registrar hasta el último suspiro que desprende de tus labios.

Que más que decirte que al cerrar mis ojos vuelves a aparecer, que cuando los abro te veo allí, inmóvil, intranquilo.

Te tengo en cada lugar a donde llegan mis pensamientos, te siento en cualquier parte donde está la piel, te hago un espacio en silencio, mientras nueva vez aguardo la hora en que pueda ver cuando te muerdes las uñas.



ÁNGELO MARTÍNEZ

Ángelo Martínez (Santo Domingo, 1994). Estudiante de las carreras Licenciatura en Publicidad, en Unapec y Creatividad publicitaria, en The Atomic Garden SD. Miembro del Taller Literario Mariano Lebrón Saviñón, desde 2018; fue partícipe del Encuentro Nacional de Talleres Literarios, en la ciudad de San Francisco. Autores que han estado más cerca: Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa y Gustavo Adolfo Bécquer.

La pintura

Primero corresponde; luego abre las puertas y deja embargar sus restringidos espacios de atención por aquello que le hace elevarse al nivel máximo de bienestar. Contempla el vaivén de las emociones que se sincronizan en una aparición por vez, y otra, y de nuevo, hasta cohabitar con lo contemplado. No escuchó a nadie referirle, no lo consultó antes de vivirlo, se enfrentó al de repente de la impresión y dejó que llegara hasta donde pudiera llegar, hasta que se conjugaran los matices y las sensaciones. Si observar es poseer de manera intrínseca, diaria, dejar de contemplar es perderlo todo, pero por dentro.

La acera

Debía ser la una de la madrugada cuando se detuvo de manera cabizbaja y solitaria, no sabía qué o quién, ahí estaba frente a mí, frente a la fría acera donde yo dormía. Era mi espacio, el único que nadie te da, pero permiten que lo tomes para evidenciar tu miseria, espacio propio hasta que se haga de día; sus pisadas eran intensas y lentas a la vez, parecía determinado a venir hacia mí... Largué un grito inesperado, mi sistema de defensa reaccionó de manera automática, no se hizo esperar; el vacío tomó consigo la repetición e hizo eco del estrepitoso susto en las calles de la ciudad, pero se mantuvo allí aquello que me asediaba, ahora parecía haberse quedado inmóvil. "Quizás sea lo último que vea antes del amanecer", pensé yo. Mis ojos se aclaraban según transcurrieran los segundos; logré ver, lo vi con claridad, miré fijamente... y me ladró. Era Brócoli, el único ser vivo dispuesto a estar a mi lado, aunque lo único que tenga para ofrecer sea un espacio prestado.

Vacaciones continuas

Luego de tres semanas de viaje, se paró de su sillón frente a la mesita de sala apresurándose en dirección a la cocina, decía no podía permitirse dejar pasar la oportunidad; la tía Fior había comprado vinagre blanco, de ese que descascara el huevo hervido y cambia de color las cosas. Ya estaba cansado, además, de usar la misma jeringa; a veces se le oía preguntar: “¿Sabes por qué estoy aquí?”, y él mismo se respondía: “Porque no estoy allá, porque un cuerpo no puede ocupar dos lugares en el espacio, al menos no por ahora — decía, mientras zambullía la jeringa en el tarro de vinagre—. Rudy, como se hacía llamar, parecía saber el resultado de la ecuación que redactaba su vida; la necesidad de estar, de decir y de querer seguir estando le hacía descubrir su miseria día tras día. Miserable, no de tener sino de ser, de ser lo que no quería, de ser lo que la tía le había dicho que no fuera; solía decirle: “Le hice caso tía, a la inversa, pero le hice caso”.

Fue la única manera de estar en un mundo de micropartículas coloridas, y al menos así viajar a otro lugar sin necesidad de moverme. Sacó la jeringa del vinagre, libre de gérmenes; luego de prepararla, Rudy, con una manera cuidada de errores, inyectó en el suero que llevaba puesto el pasaje a cualquier destino fuera de sí, por las próximas tres semanas.



CARLOS MUÑOZ

Carlos Muñoz es un joven escritor egresado de Universidad APEC (Unapec), en la carrera de Publicidad. Es antropólogo en formación por la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD) y miembro activo de la Asociación de Estudiantes de Antropología (Asodea). Sus grandes pasiones son la historia, la antropología, la literatura, los patrimonios y la genética. Su vida ha estado vinculada a los espacios culturales y ha participado en los más importantes eventos literarios y culturales en todo el país. Es divulgador de temas históricos, genealógicos, genéticos, culturales y antropológicos. Se ha desempeñado en el ámbito cultural e investigativo; es gestor cultural y coordinador del Museo Fernando Peña Defilló y miembro fundador del Movimiento Cultural Francisco Tostado de la Peña. Actualmente coordina el Taller Literario Mariano Lebrón Saviñón, de Unapec. Fue reconocido en la categoría narrativa, en Cuento Joven de la Feria del Libro de Santo Domingo, con una mención de su obra “Oscura Est” que fue publicada en 2018 con otros textos galardonados, en una antología del Ministerio de Cultura. En enero del 2019 fue reconocido como Joven Destacado por la circunscripción 01 del Ayuntamiento del Distrito Nacional, por su trabajo de divulgación cultural y su afán de incentivar la educación y la cultura en los jóvenes.

Hasta el ocaso

Sacudí mi nariz un poco, el clima cambiaba de forma abrupta al igual que el pueblo que una vez conocí. El viento amenazaba con arrebatar me los pocos pelos que me quedaban en la cabeza. Janette sonreía, arrugada y complaciente mientras nos sosteníamos de las manos en el angosto parque que conduce a la catedral. Ya no puedo distinguir algunos colores, pero aún percibo el rojo, fiel, su color vivo no se aparta de mí.

El crepúsculo se mecía lento detrás de nosotros, aun con los cuerpos cansados y viejos lo sentíamos y lo creíamos cálido, pero ya era mejor visitarlo con la memoria: ese atardecer, esos colores ya no son nuestros, pertenecen a otros con ojos más tiernos. Nos tambaleábamos, pero seguíamos el camino; quizás he abusado de mi tiempo, he vivido demasiado, pero esta felicidad es egoísta, puedo estar con ella, no me interesa nada más. Otros han logrado cosas sublimes, yo no; solo esta certeza me fue entregada: el saber que puedo vivir y morir con alguien que una vez amé, que aún conservo un poco de ese amor, esa es la única lucha que me queda.

Entramos en la catedral, la luz fragmentada por los vitrales, el olor a incienso y a madera, las formas hermosas que solo una iglesia vieja puede tener; como Janette, sí, como ella. Algunos rostros conocidos, otros nuevos, esos nuevos que serán remplazados sin remedio con los que ya había conocido en aquellos años cuando aún la memoria estaba fresca, hoy todos son fantasmas. Trato de no saludarlos, pero cuando ellos lo hacen asiento y sonrío, entonces el recuerdo me visita débilmente entre el dolor y la confusión; escucho sus nombres sin prestar atención, ya no importa, sé que todos están destinados a perderse en el olvido, excepto el de Janette. La miro para preguntarle algo... ya he olvidado la pregunta, quizás solo quería mirarla y nada más. Ella está feliz, yo no sé si lo estoy, pero estoy tranquilo; después de esto vendrá un poco de té, ella y yo juntos en el sofá y dejarnos caer dormidos allí donde sea, es el privilegio que nos toca cuando los años arrebatan lo que queda de nuestras fuerzas: estar juntos, vencer y dejarnos vencer.

Un murmullo. Un silencio. Unos gritos. ¿Qué hacen? Un grupo de hombres tomaron al padre, lo acaban de degollar.

—¡Oh, Dios mío!

El alboroto y la desesperación se desatan, todos se levantan de sus asientos, se dirigen a la puerta, no pueden abrirla, ¿la puerta está obstruida, Janette? ¿Janette? Unos hombres gritan algo en un idioma que no entiendo, ¿un grito de guerra? Un estallido retumba por todo el lugar.

—Janette, ¿dónde estás? —en medio del caos, Janette está a mi lado, de rodillas.

—Todo estará bien —logré decirle tragando mi temor y el suyo.

El rojo no me abandona, el calor y el ruido nos hacen caer, nuestros cuerpos se rinden ante la fatiga. No puedo respirar, siento que mi pecho explotará. Tengo que sostener su mano y decirle que todo esto pasará rápido, como un mal sueño, que podremos despertar y olvidarlo con facilidad. No logré decírselo. Nos abrazamos, mientras el fuego y el humo hacían lo mismo con nosotros.

Plegaria a Hipnos

Tú, que guardas de igual forma la noche y el día, encierra la chispa del atardecer en mis ojos que descienden a una muerte espesa; traza ligero en la oscuridad tus entrañas, con los colores que encierras al mundo.

Susurra mientras creo ver el ave que retorna, y en una pluma todas las respuestas. Ten misericordia mientras recuerdo mis desdichas, aun cuando creí saberlas todas. Cuando caiga de rodillas en el Leteo, mantén claro mi reflejo, calma mi sed de esa agua extraña, pues ahí la verdad es solo un momento antes de despertarse.

Vuelve a los lugares santos, recupera tus flores y cíñelas como corona, regresa de nuevo el consuelo; que las sombras me acompañen cada paso y consuelen como paños húmedos el ardor en mis ojos, mientras ensayo la soledad y el silencio, hasta perfeccionarlos.

Tensa mi arco en la colina, guía mis dardos en la niebla, que el blanco certero sea lejos de mis propias huellas y si no encuentran nada, que regrese el disparo y por la espalda me alcance; luego detén el furor y déjame marchar como el ciervo moribundo que va en descenso al olvido, a la canción solemne de un adiós, al toque de una puerta, la espera y su apertura.

Mene, Tequel, Ufarsin

Estoy atrapado, como el mar antiguo en un recuerdo, somos aquellos vasos que se beben a sí mismos. Les arrebataron a los súbditos su rey y a eso llamaron libertad. Las cabezas ensangrentadas adornan las calles, las cabezas vacías reinan en edificios deformes.

Los aplausos son quimeras esperando en callejones y como polillas buscan luces para proyectar sombras monstruosas. He negado todo y aún el gallo no canta, estoy perdido en el laberinto, pero el minotauro aún no me encuentra.

Han sido contados. Han sido pesados. Han sido divididos los días en ocasos que llaman para alejarse y no dejo de pensar en aquel dedo, el del recién nacido, el de Damocles y el dedo de Dios que escribe; mientras trato de reconocirme en el espejo, observo ese anciano que aun no soy, las arrugas que marcan su rostro, estoy trazado en sus líneas, solo preparan mi sueño y antes de dormir señalaré con mi dedo el relieve rugoso de aquella cara, y me perderé en el reflejo de ese espejo, de esa arruga, de esa visión: un ejército de muerte, unos carros de guerra se acercan.

El testamento

El anciano dirigió lentamente su mirada a la ventana, con un par de toses respondió a la pregunta del abogado:

—Si, debes anotar todo lo que estamos hablando, debes escribir cada palabra, cada detalle que veas.

El abogado, responde:

—Si quiere podemos continuar con esto después, Sr. de Fuca, tome un momento para descansar.

—¿Usted ha amado alguna vez? —dice el anciano, buscando colocar ahora la vista en el abogado, que cruza las piernas ante la pregunta—. Me refiero a haber amado y saberlo, lo único que trasciende y salva al hombre es el amor, el amor que le tenemos a los otros —el anciano continúa— al menos puede uno intentarlo, amar es más que el deseo de una tarde y una velada tranquila, es más que el deseo de la carne húmeda y la lujuria, es una flor que con su aroma rehúsa a ser sólo espinas, una lucha para alcanzarla y ensangrentarse las manos y darse cuenta de que aquel rojo esparcido en los dedos no opaca color de la flor, sino que lo complementa...

El abogado no para de escribir y responde:

—Yo he sentido el amor y lo he perdido, como se pierde la embriaguez al siguiente día de estar jodidamente ebrio y lo único que se gana es la resaca de la realidad y la vergüenza de haberlo intentado...

El anciano toce interrumpiéndolo y le dice:

—¿Ve ese rifle colgado en la pared, ve usted mi uniforme, ve mis medallas? Cuántas cosas hace el hombre, cuánto dolor desatamos, y aun así la muerte me escupió en la cara y no me arrebató con la fuerza y el vigor que tenía entonces, ahora me voy casi ciego y débil, solo tengo arrepentimientos que me oprimen, yo pude haber amado más, amado mejor.

El abogado continúa escribiendo, esta vez más lento, comienza a detenerse, y los ojos del anciano van siguiendo el ritmo del bolígrafo en el papel; el abogado se extraña, la velocidad del bolígrafo parecía guiar la vida de aquel moribundo, pero falta poco por terminar...

—¿Tiene miedo a la muerte? ¿Cree usted en el infierno?

—Yo me he imaginado el infierno así, este momento que vivo ahora repitiéndose para siempre, lo he forjado así y nosotros mismos forjamos nuestro infierno y de eso se trata el infierno: un pedazo de conciencia en sufrimiento; vivir arrepentido sin poder cambiar tu destino, sin poder alcanzar nunca la redención —el abogado asiente prestando mayor atención a lo que está ocurriendo en la hoja, algo siniestro está comprendiendo, el anciano continúa—. Sé que están afuera pero todavía no los dejes pasar, a mis hijos y a los demás, he postergado mi vida demasiado tiempo, solo puedo verla completa cuando se me escapa.

El abogado está extrañado, tiene que comprobarlo, decide parar de escribir, ya no escucha al anciano, ¿desde cuándo paso? “No, no puede ser posible, debe ser una coincidencia”, piensa en voz alta, vuelve a escribir. El anciano responde débilmente:

—¿Qué habías dicho? ¿Coincidencia? Yo a esta edad no creo en coincidencias. Cuando fui joven no creía en nada, ahora creo y no por temor, sino por convicción de que entre todo y nada, hay probabilidades de certezas calculadas. Yo... yo... —tose— no quiero...

El anciano comienza a cerrar los ojos, la máquina del pulso cardíaco indica una falla en el corazón; el abogado, asustado, acabó de confirmar su miedo, resumió rápidamente la escritura con su mano cansada, el anciano lentamente prosigue:

—No, no quiero aburrirlo más, si quiere ya deje entrar a mis hijos.

El abogado temeroso le responde:

—Sr. de Fuca, no vaya a creer que estoy loco, pero creo que si dejo de escribir... usted podría...

Los hijos, los nietos, bisnietos y sus murmullos se precipitaron a ver al patriarca de la familia, el abogado seguía escribiendo cualquier cosa que le llegara a la mente: cómo se veía cada miembro de la familia, las expresiones faciales, sus ropas, sus ademanes, quiénes estaban allí, todo con tal de que el anciano no muriera de repente si él paraba de escribir; cuando no sabía que más escribir, comenzaba a escribir fórmulas matemáticas, a dibujar figuras geométricas, a realizar ecuaciones. El cuaderno ya llegaba a su fin, el anciano no respondía frente a las exigencias de sus descendientes:

—¿A quién irán las tierras papá? ¿De quién será la casa de la villa? ¿A quién la empresa?

Uno de los nietos, percatándose de que el anciano levantaba la mano, exclamó:

—Quiere decir algo, ¡todos cállense!

El anciano miró al abogado con los ojos inservibles y exclamó:

—Ya detente, no escribas más, ahora sí quiero descansar —y así lo hizo, no tardó mucho en morir.



DENISSE RICHARD

Nació el 21 de abril de 1995 en Santo Domingo, República Dominicana. Su nombre real es Denisse Altagracia Martínez Polanco. Es de ascendencia española, por su abuelo paterno. Licenciada en Comunicación Social, de la Universidad Tecnológica de Santiago; tiene un blog llamado Denissempolanco.wordpress.com. Es miembro del Taller Literario Mariano Lebrón Saviñón, de Unapec; escribe poesías, novelas y fragmentos. Participa en eventos como el Festival de Poesía en la Montaña, de Jarabacoa; el Congreso Internacional de Escritores y Grupos Literarios, y la Feria Internacional de Santo Domingo. Sus autores favoritos son: Carlos Ruiz Zafón, Thomas Hardy, Gabriel García Márquez, Jane Austen y Paul Auster. Estudió inglés en Unapec.

Dame un motivo

Su voz era perfecta... Nunca lo había visto, siempre lo escuchaba a través de la radio y me preguntaba si podía existir una voz tan inexplicable; cada vez que hablaba provocaba en mí el deseo por descubrir el significado de aquellas palabras que no me era posible comprender. Una tarde lluviosa me atreví a escribirle un correo electrónico.

—Hola dulce voz, quiero ser el significado de esas palabras que pronuncias.

—Hola Dama. No entiendo qué quiere decir...

—Quiero ser la razón por la cual usted narre historias.

—Deme un motivo y prometo hacerlo.

Esas fueron sus palabras, no dijo más nada, me quedé esperando otro mensaje, pero no, no volvió a escribir más, pasaron segundos y luego horas, esas horas se convirtieron en días, meses, años...

(Un motivo)

Estás en la oscuridad y no puedo encontrarte, no conozco tu rostro, pero sí tus palabras; quieres un motivo para ser la actriz principal de la novela, pero tienes miedo de no ser lo suficientemente dotada para el papel. Te levantas y respiras miseria, no te doblegas ante nadie, eres una insurgente y todo a tu alrededor es un desastre. La perversidad que hay en tu corazón ha consumido cada palabra de magnificencia que una vez hubo en ti. La esencia que dijiste tener se ha convertido en sentencia para ti. No sé quién eres, te desconozco, te esperé... esperé recibir un motivo, pero nunca volviste a escribir,

te diste por vencida, no luchaste por averiguar ese motivo, te quedaste entre las sombras de una carta más.

Noches de soledad

Los infortunios de la vida tocaron mi puerta, me levanté y dejé que golpearan mi cuerpo. Tal vez estaba errada sobre el concepto de la divinidad, tal vez todo era una falacia enseñada a la humanidad para seguir siendo títeres de los dioses nunca vistos. No era consciente de que el mal corría por mi sangre, no podía impedir que atacara mi pureza; me vendí a los hombres, me dejé ver las llagas, me dejé tocar la torre que unía mis gemelos... Dejé que manos contaminadas tocarán mi piel blanca, que bocas podridas besaran cada centímetro de mi cuerpo, lloré porque no aguantaba estar en el charco. Mi alma consumida gritaba por venganza y mi espíritu sólo susurraba: “Guardad silencio y esperad”.

Nada

Me desperté herida, la sangre salpicaba toda la cama. Confusa traté de levantarme, pero era imposible, algo fuerte golpeaba mi pecho. Una brisa caliente recorrió mi rostro sudado, temblaba de terror, escuchaba mis pensamientos, podía sentir como mi existencia iba desapareciendo y no tenía la fuerza para salvarme a mí misma. Lloré, lloré porque era lo único que podía hacer, lloré porque mi desgracia se hacía palpable, lloré porque me dejé manipular del pasado, lloré porque cada gota de sangre que salía de mi cuerpo era un deleite para mi alma, mientras que mi esencia humana gritaba por no tocar tierra.



FABIO LUIS

Fabio Luis Pérez Candelier (Moca, República Dominicana, 1991). Egresado del Instituto Tecnológico de Las Américas (ITLA), como Tecnólogo en Mecatrónica; y estudiante de Ingeniería de Software, en Unapec. Miembro del Taller Literario Mariano Lebrón Saviñón desde 2014; junto a los demás miembros participó en: Poesía en la Montaña, III Encuentro Nacional de Narradores y Talleres Literarios y en la Feria Internacional del Libro de Santo Domingo, entre otras actividades. Autores que han ensanchado su capacidad de comprensión de este mundo caótico y azaroso: José Saramago, Mario Vargas Llosa, Friedrich Nietzsche, Julio Cortázar, Ernesto Sábato, Juan Carlos Onetti, y más reciente, Yuval Noah Harari. En la comprensión de su país y su proceso histórico: Juan Bosch.

Literatura, una forma de sedición:
“Pasado que no ha sido amansado con
palabras no es memoria, es asechanza”,

LAURA RESTREPO.

“Dichoso el árbol que es apenas sensitivo [...]”, reza un verso del gran poeta nicaragüense Rubén Darío, al aludir a uno de los elementos que componen el aspecto trágico de la existencia humana: ser conscientes de la propia vida. Al estar supeditado el discurrir humano a la racionalidad, la frustración de tener consciencia del transcurrir de los días sume al hombre en una sensación de inseguridad ontológica permanente, sobre todo en los momentos de baja emocional. En ese sentido, la literatura actúa como un atenuante puesto que, al subvertir la realidad, ordena el caos aunque sea por el momentáneo instante en que se produzca una lectura; en ese lapso no somos, sino que son ellas, las palabras, las que toman el comando y domestican los miedos, las inseguridades... Lo que no se pone en palabras, de alguna otra manera buscará la forma de salirle al paso al individuo. Por eso, muchos escritores suelen ver la literatura como un acto de liberación; de expurgación de los oscuros fantasmas que anidan en su interior.

La literatura juega una función vital en la existencia del ser humano; si así no fuera, ¿qué justificaría que éste se abandone en una lectura que nada agrega a su vida? Se podría suponer que en los espacios de ocio se necesita de un medio de entretenimiento, pero ese entretenimiento que ofrece la literatura es sutilísimo veneno inoculado en el lector, que más bien tiene pintas de emparentarse con lo sedicioso.

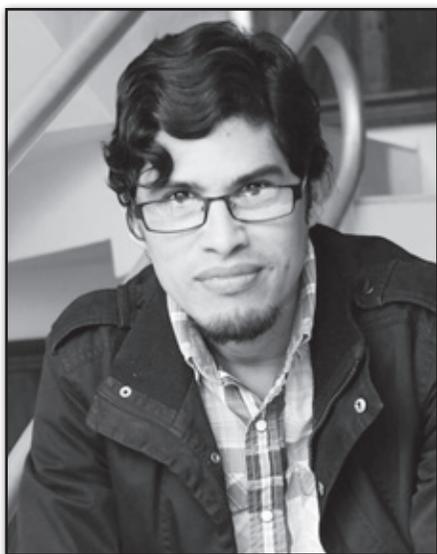
Quien, hipnotizado por las técnicas del escritor, se introduce en ese mundo siempre inefable, evanescente y escurridizo; portador de la condición humana que supone la ficción, regresa al mundo real con la convicción de que este es, en demasía, insuficiente, puesto que no suple sus deseos más recónditos. Como no los cumple en la realidad, busca un sucedáneo en la lectura, una forma de contravenir lo que le es impuesto, de revelarse contra los infortunios de la existencia.

Al tiempo que se deleita estéticamente, enriqueciendo de manera inmensa su consciencia crítica porque no existe lector alguno que, luego de embarcarse en un texto de calidad, al cerrarlo continúe pensando de la misma forma en que antes lo hacía. En algo se modifica su pensamiento, leer es siempre agregar un elemento edificante en el sistema ideológico de quien se abandona a la lectura.

La idea de la literatura como agente perturbador se desprende de los escritos de Platón, quien consideró necesaria la expulsión del poeta de la República, con las ideas de que: “[...] aquella que es capaz de usurpar el espacio de lo real e incrustar en él una interpretación adulterada de los hechos [...] Por sus perniciosos efectos morales [...], porque nutre el elemento irracional del alma”. Y no se equivocaba, porque cuando el hombre echa mano a las palabras se atreve a organizar el mundo a su manera, a darle un significado distinto a las cosas, a ejercer la pluralidad. Por eso la terrible polarización que se produce entre la palabra y la vida, en los sistemas cerrados de una sola visión y pensamiento. La expresión artística es enemiga de la censura y exige, como materia prima, la libertad.

Cuando las palabras toman forma y pasan por el filtro de la criticidad, nos damos cuenta de que no es Alonso Quijano quien es devuelto a la realidad, ni Emma Bovary quien se suicida; son todos los sueños reprimidos bajo el sustantivo de locura y de lo políticamente correcto; con lo que se demuestra que, en el fondo, el ser humano es pasión en estado puro. De manera que Cervantes y Flaubert mostraron, de alguna forma, el peligro que representa la literatura en el despertar crítico del lector.

“Se escribe para atacar o defender un sistema del mundo [...]”, decía Marguerite Yourcenar, y no puede haber una fuente de subversión más surtidora que mostrarle al hombre que su vida puede ser de otra manera; que el transcurso a veces banal, parecido y monótono que impone la cotidianidad de la vida, se transmuta en todo lo contrario cuando es tocado por la varita mágica de la ficción. Mostrar lo múltiple que puede ser la realidad a través de experiencias humanas individuales y a las cuales el genio del escritor universaliza, es siempre añadir un elemento enriquecedor en la mirada o pensamiento del lector; una manera clarísima de ejercer la libertad.



JULIO SANG

Identificarnos unos de otros, ser especiales; decir yo nací aquí, en este día y año, y por ciertas cualidades y esfuerzos estoy en estas páginas. Pasa en toda la sociedad y soy el primer culpable. También tenemos que servir al otro. No somos más que un murmullo en la historia. Que nuestro ruido asuste a unos y proteja a otros. Julio Sang, escritor, político y tecnólogo.

El dragón

La imagen de mis sueños de infancia se proyecta en el libro que traje Ming a la clase de literatura. Nunca pensé encontrarla. Ordeno a los estudiantes callar. La imagen verde y negra, las palabras en oro que la rodean. Abajo, a la derecha el símbolo del apellido de mi familia. En la primera página con la firma de mi abuelo: "Sabía que lo encontrarías. Cuando termines de leer, entenderás". 2,000 páginas. No sé mandarín.

Despertar otra vez

Despierto por quinta vez. Veo al doctor diciendo estas palabras: "Señor Jiménez, ¿me escucha?". En cada ocasión veo a una persona diferente a su lado. La primera, mi esposa Annie; la segunda, mi esposa Francia; la tercera, mi esposa María; la cuarta, mi esposa Dulce; la quinta, mi esposa Laura. Con cada una compartí nietos, una vida. Y a mis setenta y nueve años, a las once y media de la noche, por la ventana sur del edificio de la Gómez. Lanzarme desde el décimo piso para despertar.

Jauría

Por la calle, una jauría de animales se mueve sigilosamente entre los vehículos frizados. Rastrean a su presa, que los evade. La avenida repleta de carros se une con otra. La jauría rodea a su presa. En el centro de la intersección un firmamento de automóviles con

vidrios rotos, gomas sin aire y el excremento del tiempo embarrado en la pintura. El ruido misterioso espanta la cacería. Un grupo de hombres corre por su vida.

Mundo sin color

Son las once de la mañana de un domingo caliente. El barril de la pistola me mira fijamente mientras el conductor está sentado en la motocicleta. Hace unos minutos el atracador me reclamaba, ahora veo mi cuerpo arrebatado en la calzada, inmóvil y sangrante. La motocicleta se marcha insonora. Mi hermano mira desde la ventana. Sonríe.

La belleza

La señorita de papel tenía un color amarillento por los años, algunas manchas de café le cubrían sus brazos y las ondulaciones de sus mejillas ocurrían por el continuo secar de las lágrimas. Después de tanto tiempo de ser leída, guardada y prestada, las letras se borraban. Los capítulos que cubrían su espalda, un anatema. Párrafos sin sentido. Palabras de fuego extinguidas por el tiempo.

Un recuerdo inesperado

El masajista no tardó en reconocer aquel lunar bajo la nuca del perro, se parece a su cachorro de infancia. Hace meses soñó que jugaban en la casa de su madre. Ahora aparece entre el sueño y otro mundo.

Al atravesar la ventana, una bala perdida encontró su destino. Tirado en el suelo sobre una capa de sangre, el masajista recoge con todo esfuerzo el móvil. Intenta llamar a emergencias. El sueño le invade. Deja caer el celular para acariciarlo otra vez. Cierra los ojos. Siente los lamidos en la cara. Escucha los gemidos alejarse. El cliente sigue dormido en la mesa.

Pastillas para la epilepsia

“No detallamos esas pastillas”, nos dice la señorita de la farmacia. Ermés se queja del gobierno que le falla a su hija enferma y de su desempleo de seis meses, ella ni siquiera lo mira. Tengo mis dudas de su historia. Veo años sin trabajo, arrugas de los 60, zapatos destrozados por el caminar, olor a cigarrillo barato, hoyos negros por dientes, ojos rojizos, fragancia de alcohol. Le doy 100 para ayudar con el tratamiento. A la vuelta de la esquina, Ermés juega la lotería.

No más

La lluvia cae por horas formando ríos en el alcantarillado. Los vecinos navegan en cajas de plástico en el mar improvisado. Tsunamis creados por los camiones andantes destruyen las casas de cartón que nos protegen del diluvio. Reímos hasta que cae otro relámpago. Todos empiezan a correr. Asustado agarro a Pedrito del brazo. Esta vez no corremos.

Realidad

Un pasillo blanco, me muevo sin caminar. Sonríó sin saber por qué. Desde la distancia, alguien me llama con el brazo. Lentamente me acerco y veo su cara. Es mi abuelo, vestido en su mejor día. Pantalón crema, camisa de lino blanca, botas negras. Como listo para cabalgar un domingo en la tarde. Lo abrazo como por años. Su rostro está preocupado. Ahora me dice adiós, ¿por qué? Corro hacia él mientras se aleja. Despierto alterada. No puedo hablar. "Abre los ojos puta".



LAURA PAULINO S.

Estudiante de comunicación social en la Universidad Católica Santo Domingo (UCSD). Ha tomado cursos de portugués en Unapec. Escritora de poesía y crítica. Impactos literarios en su vida: Milán Kundera, Arthur Rimbaud, Ernesto Sábato, Julio Cortázar, Jorge Luis Borges, Manuel del Cabral, Leonardo Padura.

Ruso

Pediste una semana de vacaciones
y te fuiste a Cabarete sin un chele en el bolsillo
porque nacieron en la oficina
los monstruos del mismo cemento
y la misma hora de llegada
el mismo café de la doña
que te deja la borra en los dientes
y recalienta la greca cuando nadie la ve.

Una mochila, un pasaje al interior
y un ruso que te espera en el hotel pintado de azul
a las 10 a. m.
Que te enseña a cocinar arroz,
que fuma *joints* con tabaco
y conoce la hora en que atardece cada playa
de la costa Norte.

Un ruso con una cintura
más estrecha que la tuya,
un fenómeno del primer mundo
un *skater* de Moscú.

Y una cuarta noche
brotan de sus paredes
los bracitos de esos seres
delgados como Mandevillas
que te obligan a irte
con la mochila aún empacada.
El terreno de los gestos aprendidos
el hambre que se sacia hasta las náuseas
los monstruos de la misma vaina.

NY

La ciudad que nunca duerme está sola
y los únicos despiertos son los junkies que tambalean de cuadra a cuadra
los habitantes secretos de los taxis amarillos
los *teenagers* disfrazados de zombies y gobernantes.

Es Halloween en Nueva York y luego de tanta Heineken,
cerveza china e inodoros públicos cerrados
te queda caminar sola, meándote encima
preguntándote para qué existe el frío y qué estará haciendo tu vieja
si el sudor del Caribe le mojó la cama
o si le dio oportunidad a la risa hoy.

Todo lo que había que hacer era apearse en la primera parada
Todo lo que había que hacer era llegar a Yonkers
y en vez de eso te viciaste con las luces y
los letreros puntuales de los pueblos que salen solo en las películas
y te dormiste en el tren, y despertaste en Rhode Island.

Es Halloween en Nueva York, este día es eterno
y en lo que entras al único taxi de un lote apagado
haces memoria de ascensores
los tigres que incendian
tu entrepierna con la mirada,
de las noches bajando de donde Laura,
del caminao en zigzag
de los señores a los que le gustaste
delgadita y con el pantalón kaki
que tú tanto odiabas.

Entonces el chofer te muestra a sus hijas
y la calefacción te alivia el recuerdo,
las temporadas de *La Ley y el Orden*.
Los últimos ochenta dólares que tenías bajo el brazo
los señores que no te llegaron a montar
ni en sus jeeps, ni en sus piernas.

Y llegas a Yonkers
y eres mujer y estás viva,
y tienes otra victoria que contar.



MELISSA PAULINO-SANT

Nacida en Santo Domingo. Licenciatura en Publicidad, en la Universidad APEC (Unapec), con posgrado en Industrias Creativas y Culturales, de la Universidad Nacional de Artes de Taiwan. Miembro fundador del Taller Literario Mariano Lebrón Saviñón. Perdida en los mundos fantásticos e infinitos de autores como Jorge Luis Borges, H. P. Lovecraft, J. R. R. Tolkien, Carson McCullers, Nan Chevalier y Álvaro Mutis.

A imagen y semejanza

En el transcurso del año 3003, Maqtub Alfayed estaba listo para ejercer el plan que lo mantenía en indomable obsesión por meses: acceder a la máquina del tiempo. Luego de diez años trabajando en Ares Corp., ahora ejercía el distinguido puesto de director de Tecnología en la empresa más importante del mundo, en cuyo sótano yacía la herramienta reveladora de todos los secretos del universo: una tecnología viajante de acceso restringido, de la que poco se sabía y poco se hablaba.

La hora del evento fue elegida por Maqtub por ser la de menos tránsito de personas: 4:45 a.m. El plan era relativamente simple: programar un llamado de emergencia general al primer piso, para distraer a la seguridad y acceder al sótano. Esperó sentado en la oficina hasta la hora designada. Calculó que los ascensores estarían ocupados y a las 4:30 a.m. empezó a bajar por las escaleras de los cuarenta y cinco pisos restantes hasta el sótano, antes guardó en el bolsillo el revólver que mantenía oculto en su gaveta principal. A las 4:45 a.m. el llamado general programado para el primer piso apareció en las pantallas y hologramas de todas las personas que laboraban en ese momento en Ares Corp.

No tardarían más de quince minutos en darse cuenta de la farsa, su tiempo era limitado. Maqtub aceleró el paso. Hoy era el día. Hoy la gran pregunta sería contestada por él, Maqtub Alfayed. Sofocado, se detuvo unos instantes frente a la puerta del primer piso, escuchó murmullos y con sigilo continuó su camino. Entró al piso -1, e inmediatamente buscó los ascensores que se dirigían al sótano de Ares Corp. Pasó su tarjeta, acceso concedido.

Descendió dos niveles más y finalmente llegó: el último piso, el área restringida más importante del mundo moderno. Caminó apresuradamente a través del pasillo alargado y estrecho en cuyo extremo se erguía una gran puerta de hierro. Pasó la tarjeta nuevamente, aterrado por cualquier falla en el plan. Acceso permitido. Maqtub sonrió. Luego, la última entrada. Acceso permitido. La puerta se abrió sosegadamente, revelando por fragmentos la máquina: una

gran cápsula grisácea con un compartimiento para una persona, repleta de tableros y numeraciones.

Era esa la fuente de todos los enigmas de la historia humana, la que sería prueba definitiva del accidente humano. Encima de la puerta una cruz de oro, experimento financiado por la iglesia. Se acercó a la máquina e inmediatamente reconoció los patrones de programación que él mismo había desarrollado para el departamento de seguridad. Empezó a probar comandos con las manos temblorosas por la visión a punto de ser revelada. Una gota de sudor recorrió su mejilla y cayó en el último comando: *enter*. De repente, el sonido de la alarma se disparó, carcomiéndole los oídos. Todas las puertas detrás de él se cerraron, ya lo sabían, ya venían por él, pero la máquina estaba encendida y todo estaba decidido.

Entró a la cápsula. Sabía exactamente a dónde ir. Digitó con excesivo cuidado la frase "Ancestro Común más cercano". "Prepare para despegue", indicó la máquina. Maqtub se sentó en el asiento designado y cerró los ojos. Pensó en su misión y en la consecuencia de sus actos, esbozando una leve sonrisa. La cápsula fue invadida por una sustancia gaseosa que lo durmió en segundos. Vio en sus sueños cordilleras, guerras, peces y ríos interminables. Vio a hombres despegando a la luna, hombres navegando océanos en imponentes galeones, hombres ensangrentados construyendo pirámides, hombres estudiando a los astros, hombres con grilletes y espaldas destruidas por los látigos de otros hombres. Vio a césares asesinados, a Roma en llamas y a niños adorando el Nilo. Vio planetas, lunas y moléculas de vida en el fondo de los océanos. Cuando abrió los ojos, las pupilas se le llenaron de lágrimas. Yacía ahora en el suelo, rodeado de plantas e insectos. A doscientos metros un espécimen de dulce mirada, cubierto de pelaje, parado en dos patas y encorvado lo observaba con curiosidad. Maqtub entendió que estaba frente a la madre primera. Ella mantuvo distancia, cubriendo con delicadeza el vientre. Estaba embarazada. Maqtub se acercó pausadamente, ahora llorando a mares, murmurando, pidiendo perdón al dios que conocía. Sacó el revólver, apuntó a la cabeza y disparó.

Recostado a su lado y empapado por su sangre, que era también la suya, escuchó voces, pero miró alrededor y no había nadie. Un abrumador sueño lo consumió. Cerró los ojos y al abrirlos, sintió la voz muda y el corazón detenido. “Dios mío”, dijo, paralizado frente a lo que ahora miraban sus ojos. Estaba ahora en una válvula ligeramente distinta, abrumado por la mirada inquisitiva de al menos cuatro seres. Lo tomaron de los brazos, gritando palabras que no entendía. Medían al menos tres metros, tenían largas y potentes colas y en sus rostros, rasgos simiescos y expresivos. Maqtub miró hacia la parte superior de la puerta. La cruz había desaparecido y en su lugar, un símbolo desconocido. Lo tomaron de los brazos por la fuerza y lo arrastraron hacia un destino desconocido. Maqtub reía a carcajadas, pidiendo perdón mirando arriba. Su destino final nunca fue conocido. Antes de su desaparición, pasó largo tiempo encerrado, preso de terribles experimentos, tratando de explicar su procedencia en nuevos lenguajes, dibujando vitrubios y dioses antiguos que su raza había creado alguna vez a su propia imagen y semejanza.

Mulata en Valparaíso

La seguí por la calle Cochrane durante aproximadamente veinte minutos. Era imposible perderla entre la multitud de universitarios y gente de oficina, por el movimiento idiotizante de sus caderas. Más delataban esas caderas su procedencia extranjera, que el mismo marrón de su piel. No miraba a nadie y caminaba a paso rápido con las manos en los bolsillos. Al llegar a la plaza Sotomayor giró a la derecha y se encaminó al puerto, donde eligió una banca vacía y prendió lo que inmediatamente identifiqué como un puro. Extasiado por la visión tropical de la mulata fumando tabaco en el puerto, no me quedó de otra que acudir a lo que aún hoy denomino el llamado de satanás. Me senté a su lado y no se inmutó. Mi presencia fue tan natural para ella, que casi parecía que me estaba esperando.

Exhaló un aluvión de humo que vi fundirse con la silueta de las banderas del mundo ondeando al unísono, izadas, anunciando llegadas y partidas.

Su nombre era Melania y su puerto, Puerto Plata, en las Antillas. Hablaba apresuradamente, señalaba distancias con las manos, halaba el humo del tabaco y lo retenía un rato antes de estallar con alguna risotada. A poco menos de una hora, ya casi escondido el Sol, nos largamos al primer bar que encontramos abierto. Me dijo que vivía alrededor del puerto y que estaba por partir al otro día en el *Norwegian Voyage*, un barco de carga imponente y gris que ancló al otro lado de la costanera. Poco me importaban los detalles, teníamos poco tiempo y se lo dije, anunciando mis intenciones finales. A medianoche, después de unos cuantos tragos de pisco, metió el último puro en el bolsillo de mi pantalón y me encaminó a su aposento.

Era una diminuta habitación en un motel sucio y mal cuidado, en plena costanera. No había nadie en la entrada ni en los pasillos. Desnudos ya, un único sonido lejano resonó a lo lejos: era el llanto de un niño, que transformó radicalmente el rostro de Melania. Aturdido por el alcohol, no llegué a preguntarle por el cambio, ella se compuso rápidamente y continuó la exhaustiva entrega. Las horas avanzaron con fugacidad. El humo del tabaco impregnaba la habitación y salía por la ventanita sin cristal, desde la cual se podía ver un cielo despejado y, si te acercabas, la bandera del *Norwegian Voyage*.

En unas horas Melania partiría y nadie quería dormir. Conversamos un poco sobre ella, vagos detalles de la vida en su tierra natal. El sopor del alcohol finalmente nos alcanzó, y sin darnos cuenta caímos dormidos. Tal vez una hora había pasado cuando otra vez el llanto del infante reventó como una explosión en el silencio absoluto de la noche, esta vez más fuerte. Melania estalló en lágrimas. El sonido de una puerta cerrada con violencia se escuchó a los lejos, también los gritos de una voz masculina, llamando su nombre. Melania se puso de pie de repente, aun llorando y finalmente le pregunté. Entonces, la confesión. El infante era suyo. Estaba en una habitación del motel, "preso" según ella, por un hombre que se lucraba de su cuerpo, el mismo hombre que ahora gritaba su nombre como un desquiciado y que golpeó nuestra puerta con tanta fuerza

que se agrietó inmediatamente. Me dijo que la iba a matar, y que me iba a matar a mí. Le grite algo que no recuerdo, la verdad es que era irrelevante.

Ella sacó un cuchillo del bolsillo de su abrigo e insistió en entregármelo. Yo me oponía, buscando con la mente alguna salida del momento. El hombre, identificado por ella como Cholo, golpeaba aun la puerta y gritaba con tanta rabia que casi parecía que la muerte misma había venido a buscarnos. Aturdido por el alcohol y el humo del tabaco, sentía mis movimientos lentos, perezosos. Miré a la ventana como último recurso de una posible salida, ahora con el cuchillo en mano. De ninguna manera cabría por las rejas. Recuerdo el golpe de ironía, lo lejano que se sentía la vida cuando miré por la ventana que el *NorwegianVogaye* estaba repleto de hombres que no podían ayudarme.

Finalmente, la puerta hecha pedazos se abrió. No pude identificar la procedencia de la bestia. Tenía piel amarilla, era corpulento y cuando me vio, su piel tomó un tono rojizo y los ojos se achicharon, antes de darme cuenta lo tenía frente a mí, aturdiéndome con un puñetazo en la mejilla que me desplomó. Fue insoportable el dolor, pero más insoportable era el instinto de supervivencia tratando de mantenerme en esta tierra. Tomó a Melania por los cabellos y la golpeó con la misma fuerza con que me golpeó a mí. Cuando la pateaba en el suelo me dio la espalda, y entonces atacué. Lo apuñalé tantas veces que perdí la cuenta. La sangre salpicó prácticamente toda la habitación.

Antes de terminar de matarlo, Melania se había ido. Me quitó la camisa ensangrentada, cerré la puerta con seguro y salí. No vi a nadie en el motel, ni en la costanera. Caminé a paso rápido entre faroles y un olor a pescado, que aun hoy no puedo soportar. Me alejé tiritando de frío y pasé la noche en uno de los cerros. No sé si era verdadera su historia, no sé dónde estaba. Solo sé que a las 6:00 a. m. vi el *NorwegianVoyage* desanclar del puerto y partir. Nunca más supe de ella, y no me queda más de esa noche que el puro que ella metió en mi bolsillo. Nunca he vuelto a Valparaíso.



MEREDITH ANDÚJAR

Nacida el 1^{ro}. de octubre en República Dominicana. Escritora empedernida, amante de las artes. Publicista egresada de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD); Máster con doble titulación en Relaciones Internacionales, del Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset (IUIOG), adscrito a la Universidad Complutense de Madrid, y el Instituto Global de Altos Estudios en Ciencias Sociales (Iglobal). Actual co-coordinadora del Taller Literario Mariano Lebrón Saviñón, de la Universidad APEC (Unapec). Ganadora del Premio al Mérito Estudiantil como miembro destacado del Taller Literario Mariano Lebrón Saviñón, de Unapec, 2016. Participa de eventos como el Festival de Poesía en la Montaña, en Jarabacoa; el Congreso Internacional de Escritores y Grupos Literarios Sosúa, en Puerto Plata; el Encuentro Nacional de Narradores y Talleres Literarios, en San Francisco de Macorís, y en la Feria Internacional de Santo Domingo, entre otros. Impactos literarios y posibles influencias: Edgar Allan Poe, Gabriel García Márquez, Jane Austen, Julio Cortázar, Oscar Wilde y Nan Chevalier, entre otros.

*A veces pasado, a veces futuro,
pero nunca será mañana. ¡Hoy!*

Sunday, October 29th, 2017.

No se me ocurre nada más que platinarme una ecuación diferencial
donde cada variable responda a un aforismo.

Humedecida por años, por apagadas horas de risas,
difusas letanías de sexo,
ese talismán inservible, invencible, constante en el tiempo.

Sí, quizás yo creé este monstruo inefable.
Que apostaba a una indeleble mañana
de besos reencarnados en la penúltima hora de pasión.

No amor, no es suficiente. No es suficiente tu encanto.
No son suficientes las horas marchitas de tus labios, fríos, resueltos
[a faenas.

No amor, no es suficiente.
Ni tu risa *superstar*. Ni luceros astrológicos.
Ni tu melodía *Crazy little thing called love*.
Ni el café endulzado. Ni el placer agónico de ternura.
No somos suficientes, ni tú, ni yo.

Parecía inútil esperar un *good morning*,
un olor primavera, un sí y un ahora.
Cada día más sobrio, más frágil, más nada.
En el andén quedaron tus negros pantalones, tu chaleco de *leather*,
tu *craziness about the Ritter Sport*.
Tu amor por los *grades*, en un "llueve sobre mojado".
Los Pollos Hermanos, *Game of Thrones*
(es de humanos pecar e ignorarlo).

También se quedó la valija a una esquina del semáforo
con sonido *We will rock you*.
El olor supremo *Support 81, Dominican Republic* orgullo neto.
Me atasqué. No logro respirar.
Me adherí a tus credos y dogmas: los astros, el universo, la llamada

de energía positiva o ley de atracción que no es más que enfocarse, ser constante y *voilà*. Meta.

Y desde allí transpiro esencia porque te inmortalicé *my darling* en tinta
[y papel.

Postdata

Nuestras noches están allí, en la una y las tres de la mañana, en los fríos textos de un mensaje rápido —del doble *check* azul de WhatsApp— exhumando de alegría, de esas palabras asqueadas de ansiedad, de tenerte allí y futuro, sin nada inmortalizado por tus dedos, esos que bajaban suavemente las mejillas y esculpían mi piel.

Simulando, entorpeciendo, candidez en versos,
esos que no dijiste, esos que yo rogaba, a gritos, quizás a muerte.
Ves, lo dije tantas veces que enmudecieron tus oídos.

¡Aunque aún no es tarde para nosotros!

Esperaste el silencio de los días,

y te veo de lejos, fingiendo que no me pesa, pero es mejor así. ¿Sabías?

Es mejor que no me quieras. Que me ignores.

Provoca versos.

Ellos, al menos, quedarán tatuados

donde el amor y la brisa bailen un Gardel,

ese que esperaba aprender, los años inyectaron otoño.

Ya no queda mucho que decir,

por aquí ando filtrando cicatrices

abrigando otras latitudes.

Pero *I will be forever yours*.

Dos perfectos extraños

Soy amante
he vivido atada frente a un espejismo, creando ciclos y estaciones,
perfumada de voluntad ajena, de olor a cenizas.

Soy penumbra
culpable de mi cautiverio,
del espacio negro que yace en mis labios
queriendo penetrar un festín:
tus deleites.

Soy celosa
dolor incubado en mi pecho,
rumiar en ti, no alzar mi grito,
frivolidad, ira humedecida.
Sensación inadvertida que corroe mis tuétanos.

Seamos nada.
Envistamos nuestra piel con erotismo y placer,
embriaguemos un eterno presente,
con goce en sábanas vacías,
in memoriam a la carne.

Configúrate conmigo

Empecé a notar lo inusual
Macho Alfa
Sé de Harley Davison lo que tú de Dupin, *Orgullo y prejuicio*,
Madame Bovary, obsesión afrodita.
Me lees como mínimo conjuntos de protocolos,
soy la *Continuidad de los parques*
No manejo lenguaje Python o Ruby,

me puedo mutar en símbolos.
No cargo, ni animo la imagen,
yo la creo, la argumento.
Sé de protocolos FTP
lo que tú del narrador omnisciente.
No le llego al *rock* pesado,
tu tampoco a donde predomina la acción.
¡Soy la maga! *Don't stop me now*.
¡Invócame, *Nazgul!*
Configúrate con ojos de perro azul.
Mientras tus gustos dancen juegos perversos, flaqueo.
Mientras tus titanes ornamenten mis diálogos, navegaremos solemnes.
Mientras des alaridos HTTP, seré tu *Decálogo del buen cuentista*.
Configúrate, *firewall 81*, eres presa del realismo mágico,
de cuanto él te arrastra.
Se mofa, se mezcla, en tu último instinto salvaje.

No hay otra. Sólo tú Quisqueya

Te bañas de costas y palmeras,
tus límites se entrelazan, se quiebran.
Te fundaron con insigne libertad.
¿Libres?
Fantasmas ríen incesantemente.

Tus colores se opacaron,
un tapiz que transeúntes niegan izar.
(Es fácil llamarte Patria.)
Herida.
Crucificada de quietud y sombra.

Me extravió en tus valles
en ocasos tallados de playas,
en el ruido inútil de múltiples estatuas.

Llagas braman, insoportablemente.
Hueles a olvido. Fácil y agreste.

Quisqueya, astro visible al no visible.
Agonizas.
Corazón baldío.
Tengo sed de que ellos reaviven un fénix.
Un culto de ideas al ser.

A simetrías mulatas
de consonantes raíces
ritmo fiero.
Un absoluto éxtasis.
Nacionalidad. Soberanía. Libertad.

Letargo

Déjate querer, desgarraremos horas de quietud
donde prime un ejército de mentiras,
esas huestes pertenecen a las sombras,
a tempestades soberbias, plagiadas de estigma.

Días diáfanos me atormentan más allá del ser y la nada.
Tú también perteneces a nosotros,
a ese extraño silencio de muerte, azotado de insomnio.
Eres la bestia, mi inocencia en tus colmillos sangra.

Fuiste tumba, interrogante plagada de íntimas riquezas, sin tregua ni
[piedad.
Estas manos ya no son mías, reniegan el sabor de otros.

Transito lugar incierto que frecuentamos.
Llega la fragancia de tu risa, luz en tus labios.
Mi nostalgia aprendió a gemir, saberte aquí, tan cerca, tan distante,

esta noche, la otra noche, acumulando segundos de ensueño, a esquina de mis sentidos.

¿Odiarte o amarte?

Línea tan delgada, contaminé la diferencia.

En el fondo quisiera terminar lo que quedó inconcluso.

Estoy ardiendo. ¡Extraño lo que fuimos!

Amor letal

Se quedó con ganas de oscuros días al amanecer; buscando mirarle perfumada de ocasos, propiciando la agonía en sus manos.

Pensó que su alma olvidaría rígidas caricias,
pero estaban arraigadas; sin tiempo eterno.

Le gustaba sentir cuando llegaba vestido de penumbra,
vacío ensordecedor, rojo carmesí,
invitándole al refugio de su ego,
brújula marchita que arrastra, asfixia; que hunde.

Su silencio, tan ajeno.

Despoblando de voluntad se perdía en lo simple y amargo
que dictaba la escasez de su dulzura.

Recorría sus labios con podrido sabor libertad.

¡Oh! Monstruo de trazos crueles, azótame, hazme trizas.

Mi alma necesita ilusiones,

yacer inherente como la momia en una cripta.



MIGSAEL TATIS

Nieto de Quico y Susana. Nací un día antes de San Valentín del 91, en Los Mameyes City. Me gustan los monos y expresarme por diversos medios. Primer premio del “Concurso de Cuento Joven” de la Feria Internacional del Libro 2015. Pueden leer mis ralladas mentales en mi blog “El Rey Cínico”.



La cucaracha

*«Cuando estoy en Madrid,
las cucarachas de mi casa protestan porque leo por las noches.
La luz no las anima a salir de sus escondrijos,
y pierden de ese modo la oportunidad de pasearse por
mi dormitorio,
lugar hacia el que
—por oscuras razones—
se sienten irresistiblemente atraídas.»*

ÁNGEL GONZÁLEZ, "Dato biográfico".

Su brazo colgaba fuera de la cama sobre la bacinilla rebosada de orina que fumigaba toda la casa. La dispersión del olor era ayudada por el reducido tamaño de una casa de una habitación, cocina y un baño... bueno, tenía un inodoro y un desagüe, en teoría podía llamarse así.

Virgilio ayer echó un plato a una segunda planta y se bebió par de litros. Acostado, siente que carga sobre sus hombros una vaca, que hace presión en sus piernas desbaratadas. Sus brazos entumecidos le hacen de almohada, es la única forma en que siente que el cuello no se le va a desencajar. Acumula energía por unos minutos y da media vuelta en la cama. Todavía siente el sabor a ron añejo en su boca abierta y las manos cenizas por el cemento. El sol de las doce entra por la ventana y le da justo en la cara. Hace como que no le molesta, pero al final lo cálido termina fastidiando y abre los cansados ojos y mira el techo. Una cucaracha aterrizó pasivamente en la almohada, subió por la maleza de su pelo crespo en dirección a su barbilla. Bajó la loma de su nariz, dio un ligero paseo por sus labios y se metió en su boca. La quiso besar, pero no pudo, cuando sintió sus patas en el cielo de la boca y las alas intentando revolotear en el interior de las mejillas la acarició con la lengua presionándola de su

techo bucal, mirando el cielo de concreto de la casa la lamía, en la cabeza hacía hincapié haciendo círculos para sentir el ligero arrastre de sus antenas. Acumulaba saliva en la punta para remojarla, aflojar un poco para que se mueva y crea que puede escapar y aplastarla de nuevo sobre el pequeño charco que se había formado rebosando por la rendija de sus dientes. La lamida se cansó de hacer fuerza para escapar. El lamedor se cansó de jugar. La aplastó con el humedecido musculo y escupió el cadáver a un lado. Se levantó de repente y sin querer pisó la bacinilla derramando en el suelo la sopa de desperdicio añejado de la mañana anterior, empapando la ropa sucia y los tenis roídos y empolvados de trabajar. Saboreándose la boca, con acostumbrada indiferencia escupe al suelo un catarro casi tan verde como la orina que se acababa de derramar.

—Necesito un culo de cucaracha —dijo sentado en la cama mientras apoyaba el pie en el charco ácido y añejo.

Virgilio hoy quería ver a una cucaracha muy linda, no podía darse el lujo de limpiar a profundidad el desastre que había hecho, tenía que salir ya. Con los mismos t-shirt y pantalón mojados terminó de secar el piso, metió la ropa en agua con detergente para que su mamá luego la lavara. Tiró un chorrito de cloro en la zona infectada, pasó el suape y fue a buscar una cubeta de agua para bañarse. Al quitar la tapa de madera de encima de la cisterna entró la luz y dos cucarachas huyeron buscando la oscuridad.

Al bañarse se moja todo el baño, ideal para los ciempiés y mosquitos. Busca algo que comer de los desperdicios de pica pollo que compró el día anterior, sólo hay huesos. Los deja en la mesa, eso es bueno para las cucarachas. Otra cucaracha salió al abrir la nevera, la pisó con los pies descalzos quedando entre sus dedos las tripas del insecto. Estaba acostumbrado a ellas, pero no por eso le gustaban. Sólo había una a la que podía querer.

Era la cucaracha más linda que había visto. La vio una vez cuando fue a mear detrás de una mata. Fue la única que no huyó de la luz, se quedó observándolo y se fue tranquila, cómo si supiera que no le interesa dañarla. Tenía largas piernas y una preciosa espalda alada con dos manchas que lo miraban mientras se iba

indiferente. Mientras salía el líquido de su pene, le dieron ganas de sujetárselo con más fuerza y acariciarlo mirándola; o por lo menos que ella lo hiciera. Que se pusiera de rodillas y le sacara todo el jugo de macho con su cavidad bucal para echárselo en su precioso y brillante exoesqueleto, para luego aplastarla y que su cadáver entre sus manos fuera la prueba del culmen de su éxtasis. Le habría gustado llamarla para al menos estar con ella un rato, pero no sabía su nombre. Sólo le quedó subirse los pantalones y seguir bebiendo su insecticida personal.

Hoy era muy posible que Virgilio viera a la cucaracha más bonita del barrio, y no era una buena noticia para ninguno de los dos. Habían fumigado todo el barrio y todo ser inmundito —según la gente— iba a perecer. Los cadáveres de cucarachas y demás bichos eran barridos y amontonados en un contén por su madre. Algunas todavía agonizaban y movían las alas intentando inútilmente escapar del olor y sabor que les quemaba el abdomen. Caminó toda la zona buscando a su cucaracha a ver si podía salvarla, o verla por última vez.

Su desesperación se iba notando cada vez más. Por cada cucaracha que veía con las patas hacia el cielo su corazón se enroscaba, la garganta se le cerraba, se encharcaban los ojos y en cada gota se reflejaba la esperanza de que no fuera ella el próximo cadáver. En verdad, las cucarachas en sí no le importaban, sólo ella; y el miedo a perderla sin haberla tenido, sin tan solo tener oportunidad de verla a los ojos y acariciar todas sus piernas. Las cucarachas son más difíciles de encontrar de lo que se piensa, cuando están vivas; su terror a la luz las hace esconderse. No vio a ninguna que al menos pudiese caminar o moverse. El veneno hizo estrago en la comunidad cucarachil. No iba a encontrar nada por donde fumigaron, tenía que ir a donde no lo habían hecho: su casa. De seguro allí estaba. Corrió lo más rápido que pudo a su choza y allí estaba. La encontró caminando con sus amigas en los restos del pollo de ayer. Todas volvieron a esconderse. Menos ella. Se veía más bella. Entendió por qué la buscaba. Se quedó imponente con la mirada fija y le dijo:

—¿Por qué nos matan?

—Son cucarachas.

—¿Y?

—No sé —miró hacia la nevera, a ver si todavía estaban allí los restos de la que escupió—. He estado buscándote desde aquella vez.

—¿Por qué?

—No sé. No es común que se me queden viendo y que no sea de asco o vergüenza. Necesitaba estar contigo.

—Soy una cucaracha.

—¿Y?

Bajó por una de las patas de la mesa con total calma. Se dirigía hacia la nevera con sus demás compañeras. Le sonrió y le dijo:

—¿Sabes algo? —no le gustaba matar cucarachas, sólo las mataba y ya. No había un motivo lúdico, ya era un acto reflejo que llevaba su pie al insecto. Una acción que no podía explicar sólo pasaba— Ustedes no son tan distintos de nosotras, quizás son peores, pero somos iguales. Cucarachas contra cucarachas —al escucharla su respiración se hacía más pesada e incómoda en sus pulmones—. No me busques, Virgilio. Incluso para mis estándares de insecto, das asco.

Virgilio notó como sus alas se descomprimieron en su espalda, podía sentir el sabor y olor de su habitación, le resultó mucho más desagradable.

—Pero si te quedaste mirándome aquella vez.

Dijo con la voz temblorosa.

—Porque me diste pena, siempre lo hago. Si lo interpretaste de otra manera es porque no quieres convencerte más de qué tan repulsivo eres. Pero no es una actitud exclusiva de tu ser. De su soberbia característica, tú eres el único que no te crees el papel de humano, estás consciente de tu disfraz, por eso lo llevas con vergüenza...

Lo dejó con la palabra en la boca y se fue de nuevo. Le dolía el abdomen, comenzó a ver en todas las direcciones mientras respiraba forzado y ponía sus patas en el pecho para que no le saliera el corazón. Fue volando hacia donde su madre que aun barría cadáveres, tirándosele en los pies y llorando le dijo:

— ¡A que no soy una cucaracha, mami!

Su madre se agachó y miró a su hijo con ternura. Hacía muchos años que no lo veía llorar. Lo acarició con sus alas de cucaracha y abrazándole con sus patas le dijo:

— No mi amor, no eres una cucaracha.

Entiérrame

Dicen que cuando alguien muere y llueve, es porque se acaba de ir una buena persona. Si es así, creo que el cielo tiene un concepto muy amplio de lo que es una buena persona, o no sabe cuándo llorar o simplemente es una mentira más que inventa la gente.

En una casa vacía retumba más el aguacero y el viento, como una flauta de concreto, acero y vidrio que reproduce una melodía lúgubre que nadie quiere escuchar, y nadie lo hace. Al llegar al apartamento se quitó los tacones y fue directamente a la terraza a fumarse un cigarrillo, no se había quitado el vestido de luto a pesar de que estaba mojado. Varias caladas del cigarro nublaron la terraza. Una de las ventajas de vivir en el último piso es que la Luna se ve más brillante, aunque esté entre las nubes que mojan la oscura ciudad.

Después de un entierro, la lluvia es un gran espectáculo visual y quizás hasta llega a ser un buen refuerzo poético, pero es una molestia. El agua no deja que el cemento seque bien y da oportunidad a los gusanos para salir en busca de aire, justo lo que ella necesitaba, salir de todo esto y respirar. Entre gusanos se entienden.

Esperaba a Marcos con ansias, nunca había tenido tantas ganas de que llegase. No le importaban los moretones que, como cada vez que se ven, le dejaba. Necesitaba llevarse a la boca algo más grande, el tabaco ya no le quitaba los nervios y consideró que él sí podría. Le avisó que había salido hacía quince minutos, por lo que debía estar a punto de llegar; mientras, ella se daba un baño para esperarlo fresca y cómoda. Las gotas de agua caliente resbalaban despacio por su piel morena, al tiempo que se acariciaba con el jabón y el vapor del agua caliente le empañaba la vista. Le encantaba sentir como los chorros que acumulaba su pelo rizado bajaban de golpe por su espalda hasta llegar a su trasero. Algunas gotas prolongaban su viaje de cosquilleo hasta su entrepierna, donde se encontraban con otro caudal que bajaba entre sus pechos y su abdomen formando un delta de agua dulce y salada que la inundaba. Aprovechó para mojar sus dedos, sumergiéndolos suavemente mientras hacía círculos y presión. Las rodillas le temblaban, se sentó en la bañera para no resbalar y zambullirse mientras escuchaba la lluvia en paz.

El agua del tinaco se acabó, había dejado de llover. Se quedó en la bañera, recostada, mirando el último goteo de la ducha. El silencio de su urbanización retumbaba en su corazón seco. Y la mujer que siempre evitó buscarse para no encontrarse, le susurraba a su alma:

—Por favor, que alguien me encuentre. Estoy aquí, y me siento más sola que nunca.

Ahora se daba mucho más asco. Se secó y se puso ropa más cómoda para esperar a Felipe.

—No puede caer una gota de agua en la calle sin que se arme una inundación del diablo y un maldito tapón.

No había entrado bien en el pasillo y ya se estaba cagando en todo. Siempre llega refunfuñando y peleando, pero cuando llueve se enfogona más de la cuenta y ella termina pagando. De una u otra forma él siempre busca desahogarse con ella. Lloros de niños, quejas de la esposa, tapones, presión de los jefes, supervisores y clientes... todo desemboca en ella, era su vía de escape: él llama y ella responde preguntando cuándo y dónde. Le encantaba ser su desahogo, se había acostumbrado a ser su desfogue.

Siempre que Víctor viene a casa ella lo espera en ropa interior, para sorprenderlo y que se olvide de sus problemas. Se acercó y lo besó apasionadamente, como si necesitara el aire de sus pulmones. Tito le siguió el juego y mientras la besaba, la levantó y quiso llevarla a la cama.

—¡No! —le dijo, mientras seguía pegada a su boca. Luis sonrió, se quitó la camisa y desabrochó el pantalón—. ¡Métemelo! —le dijo al oído echándose el panty a un lado. No tuvo que insistir mucho, Lucas se bajó el pantalón hasta las rodillas y la tomó.

Ella lo abrazaba por encima del hombro, con las piernas entrelazadas en su cintura lo mantenía pegado, no quería que se despegara ni un segundo para sentirlo cerca y tan adentro como si fuera parte de su ser. Él no pudo soportar más su carga y la tiró de un empujón al suelo. Mientras ellas disfrutaban el golpe, él se terminó de quitar los pantalones.

Cerraba los ojos ante la dulce violencia que le hacía su piel morada, si le ponía ganas a veces negro; sus dientes sacaban el rojo que se mezclaba con el agua que salía de su piel. Mientras le tiraba del pelo aun mojado, se quedó mirando cómo gotas de sudor caían de su barbilla a su abdomen desembocando en el lago seco de su ombligo. Lo pegó pecho a pecho para que la sudara directamente y se dispersara en ella.

—Te voy a matar —le dijo Nicolás al oído.

—¡Hazme lo que quieras, pero no me dejes sola! —contestó ella, sofocada y casi sin fuerzas—. ¡No me dejes sola, papi!

La arrastró por las greñas hacia la cama. Mientras estaba encima de su amorado cuerpo, abraza su cuello con los dedos y aprieta la tráquea con los pulgares. No puede respirar... se desmaya un segundo... la despierta con una bofetada de revés... está fatigada... le arde la cara y degusta el sabor a sangre de su saliva... deshace el cúmulo de saliva con la lengua... quiere aún más... más negro... más sangre... más ardor... más dolor... todavía no es suficiente. ¡Suficiente!

—Mi madre murió —volvió a encender un cigarrillo.

—¿Sí? —Isaac leía los mensajes que le mandó su mujer preguntándole donde está—. ¿Cuándo?

—Ayer en la mañana.

—¿Y me debería importar?

—Si no me importa a mí, imagino que a ti muchísimo menos —se levanta de la cama a ponerse el panty—. Ya te puedes ir.

Vuelve a la terraza. Se escucha la puerta al cerrarse. Nadie la encuentra. Está allí, y sigue igual. Sola.

Me gusta, pero no pago. Me gusta, pero no quiero

Tenía mucho sin verla, ¿hace cuánto? ¿Un año? ¿Dos? Bueno, al menos sé que no fueron tres. Qué lejos se ve ese café en la cocina de su casa mientras yo le rogaba un beso.

Tenía mucho que no la veía desnuda, ¿hace cuanto? ¿Tres años? ¿Cinco? Bueno, al menos sé que no fueron seis. Qué cerca se ve ese polvo en esa cabaña del Doce de Haina. Retumba en toda la habitación el timbre del teléfono del local. Lo descuelgo y me pone en contacto con la “cobradora” del motel, hizo las preguntas de rutina:

—¿De paso o de amanecida?

—De amanecida.

Eso estipulaba nuestro trato.

—¿Va a querer algo de tomar?

—De momento no.

Cuelgo. Ya está totalmente desnuda. Ya no es lo mismo. Sus pechos que una vez estuvieron firmes, a la disposición de mi boca y mis manos, ahora mirando hacia abajo yacen deprimidos en el extremo norte de su panza. Su largo pelo que me encantaba oler, acariciar y halar, ha degradado a un triste y simple moño que corona su cabeza. Antes jovial y risueña, con ganas de comerse el mundo; ahora su mirada abatida y cansada de la vida me mira sin quererlo. A pesar de la grasa extra su cintura y cadera siguen ahí, algo es algo. Esa flor ya se ha marchitado.

Pero me seguía encantando. A lo mejor es por sus grandes ojos cafés que siguen diciéndome lo mismo de hace seis años, pero en otro tono; aunque tristes, siguen encandilando la misma ternura. Pero si no es por sus ojos seguro es por su boca, que sigue igual de plácida y rosada, siempre lista para besarme.

Verla quitarse la ropa para mí, luego de tanto tiempo, me devolvió a la primera vez que lo hicimos. Ya no la amaba, el daño mutuo fue demasiado como para siquiera soñar arreglar lo nuestro; pero la deseaba. No me sacaba de la cabeza la idea de que no la besé, ni se la saqué lo suficiente, ni siquiera se la pude echar dentro, siempre quise hacerlo, y más esa última vez... de maldad, para que se quedara conmigo sí o sí. No le gustaba con goma de por medio, pude hacerme el loco y rebosarle la taza. Si tanto la quería, ¿por qué no lo hice? Quería más, por eso le pedí otro encuentro.

—¿Por qué te quitas la ropa tan rápido? —pregunto.

—Quiero salir de esto.

—Recuerda que el trato fue de toda la noche.

—Ya...

Me sigue odiando. No sólo por lo que le hice o por estar obligada a acostarse conmigo otra vez, sino porque desea hacerlo, pero no quiere. Cosas del orgullo. Pero no hay orgullo que aguante hambre, y más cuando el hambre no es solo tuya.

—¿Y el niño?

—Lo dejé donde una hermana de su pai.

—¿Y no dirá nada él?

Tira una carcajada sarcástica que resumió en un “¡Ja!”.

—Sabes que si no e’pa’ metémelo no le importamos una mierda. Así que no le des más mente de la que yo le doy.

Era una pena por el chico, según me había dicho ella misma, lo trataban mal en esa casa, y el chamaco me cayó bien en las pocas veces que lo vi. Su nacimiento fue una de las razones de la ruptura de su madre conmigo, y aun así, lo lamento por su situación. Pero no era suficiente para que me sintiera mal, su desdicha me favorecía, me daba toda la noche con su madre. Más o menos como en los viejos tiempos.

Acababa de encender el aire acondicionado. El frío comenzaba a notarse. Hubiera sido bueno que enfriara tanto como el ruido que hacía. Acomoda su ropa encima del muro detrás de la cama. Sentado en un sofá al otro lado de la habitación, yo la miro detenidamente mientras cuento el dinero que tengo que darle. Siempre fui malo haciendo negocios. De carajito, los demás niños siempre me engañaban como a un chino. Pero por primera vez siento que salgo ganando en un trato. Sí, le voy a pagar por sexo a una mujer con la que antes me acostaba gratis. No es exactamente salir ganando en un pacto. No sabía si iba a volver a tenerla, ni siquiera si la volvería a ver en otro lugar que no fuera una pantalla. Ese es mi triunfo. Me acuesto a su lado y le doy el fajo de billetes. No son tanto, sólo da para resolver varios líos.

—¿Están completos?

—Los acabo de contar.

En todo el rato que llevamos juntos no me ha mirado directamente, me esquivo confirmando la cantidad de dinero. Sabe que no la engañaría. Sólo quiere molestarme, hacerme ver lo poco que le importo y que esto es un trámite más. Tendría su cuerpo para mí, pero no su mirada; no tenía con qué pagar eso. Es un privilegio que no merezco. No soy nadie para ella. No soporto que me ignore. La tiro del pelo.

—¡Mírame!

Ya no sé si pagué para metérselo o para que me mire. Considero que es lo mismo. Yo, que he visto esa mirada, sé a lo que me refiero. Daban las mismas cosquillas estar dentro de ella que ser mirado así por ella. Bueno, a lo mejor es que eran acciones simultáneas en el tiempo. Sin la una, no tiene gracia la otra.

Me mira. Mis dientes se comprimen tanto como mi mano en su melena. No le queda de otra que aguantar y hacer un poco de resistencia con el cuello. Estaba acostumbrada. ¿A dónde se fue su alegría? Sus ojos. Que no esté triste. Estar conmigo no es tan malo. Ella sabe que la hubiese tratado mil veces mejor que el patán ese que ella siempre amó. No es algo tan difícil, pero es una certeza. Apuesto que a él no le cobra cuando se lo da. A mí sí. Debería darle par de palizas también. Partirle los labios para saborear su sangre y saber a qué sabe su dolor, aboyarle un ojo para que lagrimee y entienda que amar duele, partirle un brazo y así estar seguro de que cuando me abraza es porque quiere; violarla... no sé para qué... porque puedo hacerlo. A lo mejor así se queda. Ya es muy tarde para eso, sólo hay que limitarse a disfrutar lo pagado.

Ni siquiera hace fuerza para que le suelte el pelo. Sólo se queda mirándome inexpresivamente, desganada de todo, esperando que acabe. Con la cabeza de lado, acomodando el golpe para que caiga donde le duela menos.

—¡Métemelo y sal de eso! —me dice con desgano—. ¿No es eso lo que querías? —aflojo un poco la mano. Se deja llevar por la gravedad, se acuesta boca arriba y abre las piernas. Sigue evitando mi mirada, ocupando sus ojos en su reflejo del espejo del techo. Al final, ella termina marcando el ritmo de un baile cuyos pasos no me sé.

Pegué sus labios con los míos mientras desabrochaba mi pantalón. Pasaba su lengua por el cuello, apretaba su pecho, ya semidesnudo me restregaba con una erección timorata. Gruñía cada vez que mi nariz y garganta pasaban cerca de su oreja. Refregaba con toda mi cara sus tetas, la bañaba para restregarme en mi propia saliva. Si hubiese podido, me desencajaba la mandíbula para comerlas con la intensidad que quería. Fui marcando mi camino salival hacía el sur.

Descendí del todo de un golpe para trepar lentamente. Primero la punta de la lengua, luego el labio inferior. Miro hacia el norte a ver las reacciones de mi descenso. Sigue mirando el espejo del techo. Mira mis ojos por el reflejo de este.

—¿Qué esperas? Métemelo ya.

La sangre dejó de correrme, junto con mis deseos de todo. Cierra los ojos y acomoda las piernas y las caderas. Pagué por eso. Ahí estaba, para mí, sólo había que... nada. No había nada que hacer. Me rendí. Me di la vuelta y reposé mi cabeza en su pelvis y miré el espejo. Comencé a notar lo intenso del aire acondicionado.

—Esta es tu última oportunidad, ¿lo sabes?

—Lo sé.

—Me voy a mudar con el papá del niño.

—Era de esperar.

—¿Quieres que te devuelva tu dinero?

—Quédatelo.

Se levantó a ponerse ropa. Sigo mirando el techo.

—Me voy.

—¿Te llevo?

—No hace falta.

No habían venido a cobrar ni a traer la sábana. Me acurruqué de lado buscando la forma de seguir mirándola mientras se preparaba para irse. Va al baño a arreglarse el moño y lavarse la cara. Con las manos mojadas se dirige a la puerta dispuesta a irse. Dejándome con las ganas de que tenga ganas. Sin verla otros dos años y sin que sea mía lo que me queda de vida. Toma el pomo y comienza a girarlo.

—No te vayas. Quédate conmigo. Aunque sea abrázame y ya. Vuelve a mirarme como si quisieras estar conmigo tanto como yo. Acuéstate

a mi lado, o tan solo acuéstate mientras te miro desde el sofá o desde lejos. ¿Te vas a quedar? Dime que lo harás. Quédate por favor. Sé que ya no es igual, pero podemos hacer que lo sea, al menos por hoy. Es un juego de dos, no tiene gracia si lo juego solo. Tenemos... tienes... tengo toda la noche para nosotros... mi... ti... lo único que tienes que hacer es no abrir esa puerta y quedarte. No te va...

El timbre sonó. No veía nada, la almohada me tapaba la cara. No quise ver. La puerta estaba abierta, todo el calor de la calle entraba a la habitación. Tocaron el timbre de nuevo. Fui a recoger mis toallas, sábana, una lámina de jabón de cuaba, mentas negras y condones de los malos que no iba a usar. Pagué. Todavía no había asimilado mi fracaso como para hacerlo público.

Mi cabeza hervía. Me tiré agua en la cabeza. Me acosté a enfriar la rabia. Me monté en el carro. Le di doscientos pesos al *guachimán* para que me aguarde la habitación. Busqué un rato y te encontré. Sólo tienes que quedarte aquí. Te pagaré como si hubieses hecho el servicio completo. Es lo único que necesito. No me dejes solo.



ROSANDI MINYETY

Nacida en La Vega. A temprana edad se interesó por la literatura, destacando la poesía. Miembro activo del Taller Literario Mariano Lebrón, de la Universidad APEC (Unapec). Actualmente finaliza sus estudios en psicología clínica, en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD). Participa en eventos como el Festival de Poesía en la Montaña, de Jarabacoa, y el Congreso Internacional de Escritores y Grupos Literarios.



Otra tarde, y no esta

Melodía de lluvia, olor a tierra mojada. Interrumpe el recuerdo de esa tarde en que las gotas fueron testigos de la unión de dos corazones sintonizados al mismo latir. Envolve tu mirada al acurrucar la mía, ternura de mi sonrisa e ilusión de mis días grises, tu compañía fue siempre la canción que impulsaba la danza secreta, que una vez viéndote reír, no vacilaba para manifestarse en mi interior.

¡Qué ganas de tenerte cerca, amor mío! De que sean nuestros silencios, tan repletos de palabras, suficientes para impregnar de aromas nuestro alrededor, y nuestras vibras coordinadas la manifestación de la orquesta entre los dos. Ahora sin ti, solo restan los sueños como plataforma para recrear abrazos e inventar historias. A ver si así, aunque lejos, continúas junto a mí.

Sin voltear

Recuerdo los días de risas y me cuestiono si regresan. Recuerdo las imágenes que con mis ojos tomé de tu rostro, para evocarte cuando no estuvieras. No lo imaginaba tan repentino, mucho menos tan prolongado. Me ha costado aceptar que inexistente es el momento en que se está preparado para entender que quien estaba, ya no regresa; y que es el calvario producto de la ausencia, algo natural. Tan pronto retiraste la calidez de tu esencia que no atiné con reemplazos, al tratar de evitar que el refugio, tan habituado a tu fervor, se enfrentase a un invierno prematuro.

Capacidad para arder

Jugábamos a ser todo, sin prisa. Fusionadas permanecían nuestras almas, cómplices del incendio que más tarde consumiría sin piedad cada fracción de nuestro interior. Sin ánimo de examinar lo que se quedaría después, valía la pena cada intención que nos conectaba. Las vibras energizaban el entorno lo suficiente como para hacer nuestro lo absoluto; era como si nos debiéramos todo y a la vez no tuviéramos más que el ser para entregar. Tanto arrebató de fascinación nos enredó en un encanto idóneo para transportarnos a otra galaxia y seguir el recorrido por la dimensión propia que construimos. Tanta magia, inefable, escurría el entorno para dejarnos tan solos como nuestras miradas podían estar. En ese viaje de dos se perdió lo superficial, quedamos tan apegados que no quisimos regresar, era nuestra la existencia, trascendimos la ilusión.

Del yo y el otro yo, y el otro...

Desaparezco dentro de mi mente, arropada por las ideas más profundas. Me encierro. Escondida en el todo del ser, desprendida de las capas visibles, donde no existe el tiempo y me cubre el bienestar..., me pierdo. A veces nado tan hondo que casi puedo escuchar mi alma, aún sin soñar; me esmero en entender cómo trata de expresarse y lo que busca mostrarme; y allí, dejándome llevar por aquel espacio en el que me encuentro, emerges, te pienso. Y cuesta elegir a quien pienso, eres tú, es el cielo, los árboles, el océano, tus ojos.

Y me vuelvo a perder, es como si no supiera a dónde voy o qué quiero, pero avanzo ininterrumpida, me encuentro, y me pierdo. Espirales que rodean percepciones que se mezclan. Y me gusta. Voy creciendo, me transformo, y me entiendo. Estoy, soy. Me detengo. Las ideas se pierden al llegar otras nuevas y pasa el rato y

se vuelven a encontrar, con torpeza y sincronización me vuelven a perturbar. Y comienzo. Despierto. Parecería haber algo revuelto, aunque simule hallarse intacto, la esencia está distinta. Nos invade una figura delirante, algo que han creado y que ya no es, pero que hemos decidido mantener sin conseguir añadir a lo anterior. Y me detengo.



SINNY

Santo Domingo, R. D., 1990. Estudió japonés e italiano en la Escuela de Idiomas de la Universidad APEC (Unapec), también se desempeñó como maestra de inglés en la misma. Es políglota y escritora desde la temprana edad de 14 años, destacándose en poesía erótica como su género preferido. Ha publicado en revistas virtuales como *Moñohecho* y *Dominican Writer's Association*. Entre sus influencias se encuentran: Julio Cortázar, Jaime Sabines, Julia Álvarez, Elizabeth Acevedo, Oliverio Girondo, Anaïs Nin y Haruki Murakami.

Castigo

El sonido del tren sobre las vías anunciaba el fin de todo.
A tus pies las maletas que tantas veces habías llenado para irte, por una vez llegaron a la estación, estaban más cerca de irse que nunca. El viento te alborotaba el escaso cabello; nunca te habías visto tan miserable con tu falda a los tobillos y los brazos flacos; ni siquiera cuando las peleas entre nosotros parecían interminables y te consumías en la tristeza, te transformabas en un amasijo insignificante de lágrimas, piel y huesos.
Cómo odiaba tu sumisión, tu no saber aguantarme, tu pacifismo idiota de ni siquiera defenderte de los golpes.
Era como un círculo vicioso de maldiciones, me irritaba tu incesante sollozo y mis gritos no contribuían, entonces iba a marcarte con mi ira. Para cuando el tren se detuvo, no te giraste ni una sola vez a mirarme. Por fin pude ver algo de esa fuerza que siempre quise sacarte, apretándote por el cuello, pero que solo funcionaba para hacerte dejar de respirar.
Ya montabas tu pálido cuerpo en el vagón, tus maletas ansiosas por irse, y un tarro verde con un girasol casi muerto.
Por una vez, no llorabas.

Foreign Affairs

—*Hey, my name is Lukasz* —dijiste con un marcado acento la mañana que nos conocimos.

Dos idiomas totalmente distintos no evitaron que fuéramos más allá del *Netflix and chill* que celebrábamos cada noche en el balcón; el aura del Atlántico nos helaba los pies, de manera que ahí estabas tú con tus modos de caballero europeo cediéndome tu abrigo, el cual pasaría el resto de las ciento diecinueve noches conmigo, salvo en aquellas en que me irritara contigo; tú te envolvías con tu suéter del Real Madrid,

¡qué clase de *loser*! Y encima, solicitaste visado para besar esta boca, mi boca. A esas horas, ¿quién pide permiso para nada?

Ergo, permiso concedido.

Sin demora, tu blanca mano se ciñó a mi cintura en el piso de un living que ni siquiera era el nuestro, la disputa entre el sí y el no fue breve, y de nuevo tú... —*I love when you say my name*—, ganaste.

Qué manera de amar tenías, qué modo el de tu lengua más allá de la mía, más allá de mis carnes, más allá de mi mitad, nos enredamos tanto que temí que tus tatuajes fueran a quemarse en mi piel, que fuera a arrancarte las cicatrices con mis dedos.

Un par de birras más tarde, persistíamos en este juego de *summer love*.

Birdman y “El artista” nos contemplaban dormir desnudos desde la pantalla. Dos noches ininterrumpidas de confusión de sábanas, gemidos, cabellos, piernas y una disputa a medias, fue tan fugaz lo nuestro que se nos vino en las manos en un minuto de desesperación.

K

Viniste con el amanecer que bordeaba la isla;
aunque no te gustara el Sol y siempre vistieras de negro.
Volviste sabiendo exactamente lo que querías,
y lo que querías era yo.

Lo peor,
antes te habías marchado
regalándome un adiós con cara de hasta luego;
una esperanza más vacía que la de un
“Cristo viene” grafitado en plena Duarte.

Y vuelves.
Pero esta vez

nuestros deseos no convergen en la misma esquina,
y yo camino cuadras enteras para alcanzarte.
Un aviso de curvas te venía advirtiéndome
que mis trenzas y mis caderas
bajaban por tus calles.

Recibí tu llamado como una anunciación de medianoche,
(¡precaución! ¡Te 'ta dando cotorra!).
Entonces pasó que
andabas advirtiéndome sobre los peligros de Tinder
y las desventajas de *go on a date with a stranger*.

Le hice caso a tus alienaciones de jevito,
porque te imaginé desvistiéndome.
Me encontré pensando en ti,
y en todas esas posiciones de yoga
que haríamos juntos.

No

No importa mi amor, ya no importa que yo no quiera verte
ni bailar boleros contigo, ni saltar sobre los techos de París, ni fumarme
los Gauloises que dejaste sobre la mesita verde de noche.
No importa lo que tú quieras, si los aeropuertos no cierran sus puertas y
no hay manera de que yo quiera quedarme y esperar el siguiente vuelo.
No importa, porque igual alguien ya besa mi espalda en las noches
frías, que son tan parecidas a las que teníamos, cuando estabas tú.

Qué bueno que te hayas ido, porque el vino no sobraba y he roto la otra
copa al lanzarla contra la puerta cuando te ibas.
No importan las salidas, ni las entradas, ni los vuelos de los pájaros,
ni las camas mojadas de lágrimas, de lluvia, de sangre y de sueño
mío, ni la puerta a medio abrir/cerrar, ni la calle El Conde ni el Colón
lleno de mierda donde te sentabas.

No importan los espejos, ni las manos antiguas, ni el libro de Trotsky sin acabar, no importa si me llamas porque yo no respondo, ni si te apareces a medianoche con la culpa en forma de regalos, no me importa atropellarte con las palabras desgastadas de un amor veneno, ni las películas a blanco y negro, ni las sabanas o los brazos de un extraño, ni el vestido ceñido que una vez te provocó llamarme gorda cuando yo solo venía a celebrar mi triunfo inválido contigo, no importa una mierda si cuando yo te quería tú desconfiabas, y siempre te pensaste demasiado para mí, si cuando hablabas de Dios hablabas de ti mismo, no importa porque yo no fui santa, ni fui Frida, ni accidentada, ni dominada; y ahora te revuelcas en el lodo de tu miseria tratando de que vuelva al infierno de tus malditos disgustos, ya no importa, porque beso otros labios, me cojo otra verga.

No importa porque te he lapidado en mi memoria con las mismas piedras que lanzabas contra mi maldito ego.

Mantra

Es que la bachata de tus ojos no mentía
brillaba con el Sol en cada una de tus pestañas.
Yo nada más tenía que mirarte
y sabía lo que te sonaba por dentro
como un bolero viejo en una emisora AM
ni que sí, ni que no
o un "Padre nuestro" en Radio Voz Evangélica
mil veces la misma oración.
Jablador
Jablador
Jablador

A

Me senté más de dos horas tratando de descifrar
cómo matar a alguien con un poema.
Pero viniste tú con un baile y una sonrisa
a salvarme de estos amaneceres salvajes.
Y ya la ciudad no parecía la misma,
todo un poco más cruel,
pero tú siempre tan amable
con un beso tibio a las 3:00 de la mañana
cuando todo está calmo y hace mucho más frío.

Tus manos desarmaban la ciudad
con cada cambio del dial,
bachata, Drake, rap
y el mar Caribe que se extendía a todo lo largo.

Yo no tenía nada más que una tristeza,
un par de poemas sin terminar y las llamadas
sin contestar a mi mamá.
Pienso que el mundo no te merece,
que traes un aura contigo
y transfiguras lo mundano
a espiritual.

Un sonreír y
un no querer finalizar el viaje,
para quedarme levitando
en este espacio en negativo
donde deberías estar.

NYC o La otra isla

Tenías un vestido amarillo
que vibraba contra tu piel negrísima.
Estabas hastiada de escuchar a los tigueros
gritándote obscenidades mientras esperabas la ruta B
y deseando estar en una parada en New York
y no una en L.A,
Los Alcarizos.

O esperando la señal de *Walk*
y no verle la cara a un *pusher*
que se fuma la yerba que te vende
y te dice que eres la única negra
a la que le ofrece una ñapa,
¡mmg!

En tus ojos se reflejan la violencia de las calles
y el calor de la ciudad,
te viste bajando en bicicleta como en esos días,
pero en la otra isla donde creciste,
no en esta.

Te criaste en Yonkers,
y a los 9 años te trajeron a Boca Chica
a conocer a las hermanas de tu papá,
te volviste loca con los mangos
y odiaste los mosquitos.

Volviste a la isla por esa nostalgia inútil
de los millenialsDominicanyor
de querer reencontrar sus raíces,
y lo único que encontraste fue mucho calor,
muchos mosquitos
y muchos tigueros queriendo mangarte
y chapiarte porque todo lo que veían
fue que llegaste de los Niuyores.

No muy diferente de allá,
que los blanquitos se ponían a tu merced
y te alababan las nalgas,
y porque
wow babe you're so exotic, can I have your number?

Cuando volviste a la otra isla
tu mamá se puso mala,
porque te rapaste a caco
dizque "descolonizándote",
trataste de explicarle el rechazo de lo eurocéntrico
y ella no entendía de esa vaina
porque todo lo que vio es que
tú ya no querías volver al salón por andar despeinada
y que no te iba a dejar volver pa' RD
porque "allá" te pusiste loca.

Te la pasas ahora en un limbo nostálgico,
porque perteneces y no,
a dos lugares a la vez,
demasiado negra y demasiado gringa.

Yo quería aliviar tu dolor mi negra,
o amansarte el calor
y lo único que me dijiste fue
"no thanks, ya me voy"
y te montaste en una Fenatrano
con destino a no sé dónde
dejándome con la fría en la mano.

De cómo decir adiós con un scotch en la mano

Porque había días que estábamos destinados a arder,
pero hoy no era uno de ellos.

Extraño los días de pecar sobre tu cama
y el no saber qué hacer con mis manos cuando te acercabas
a morderme los labios,
a apoderarte de mí cuello.

El atardecer rompía las ventanas convirtiendo nuestro espacio en una
caja de confesiones,
y yo siempre queriendo despojarte un poco más que las ropas.
Me curaste las viejas cicatrices,
solo para escribir tu historia sobre ellas.
Me hiciste amar hasta olvidar como se siente estar entera.

Se desperdiciaban los amaneceres
si tu cuerpo no se trenzaba con el mío
buscándose a tientas,
reconociéndose por los dedos,
uno a uno,
y luego las manos completas,
como mapas,
como ojos en la oscuridad,
explorando la maraña de pelos y piel,
bocas, senos.

La violencia que seguía al reconocimiento
de saberse el uno al otro en las tinieblas,
al escrutar que cada uno era real
y que ninguno sobrevenía impostor.

Entonces el amor se volvía tibio y húmedo;
tu misil partía mis orillas,
tus manos acercaban mi nuca hacia ti
you tasted like the ocean, pensaba;
mis labios se hinchaban sobre tu piel,
y me ahogaba con tus sales espesas,
estabas hecho de mar,
y tus olas se escurrían por mi barbilla,
hasta mi cuello, mientras morías.



YEIMY DE DIOS M.

Poeta, nació en Santo Domingo, República Dominicana, en 1978. Tiene una Licenciatura en Publicidad, Mención Diseño Gráfico, de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD). Estudió arte, pintura y bisutería en el Instituto Concepción Bona; Redacción y habilidades interpersonales, en Infotep, e Importancia de las Estadística para la Industria y el Comercio en República Dominicana, en la ONE. Es promotora de la Red Internacional de los ODS (Objetivos de Desarrollo Sostenible); estudió inglés en la Universidad APEC (Unapec) y forma parte del Taller Literario Mariano Lebrón Saviñón, de dicha universidad.

Entre sus escritos están: "Alma solitaria", "Frío mar", "Mujer del campo mujer del viento", "Volando juntos", "El parque comercializado", "Tomando mate con el amor", "La ausencia", "Quién soy", "Te busqué", "Una voz", "Pensar en ti", "Tormentoso", "Héroes", "Inalcanzable", "Escribiendo", "Turbulencia", "Poema I", "Poema II", "Poema III", "Desenlace", "Ojalá", "Inefable" y "Olor a tierra". El amanecer, más allá, entre otros.

Olor a tierra

Y te siento sola, muerta, transpirante,
encaminada a unos pasos de laberintos negros,
polvo frío entristecido por la locura de las estrellas grises
y las hojas otoñales.

Con los astros coordinaste la canción viviente de donde fuiste creada
y escondes tu olor a tierra muerta que veloz llegó ceñido al Sol
dónde parpadeaba la noche.

¡Oh fauna! ¿Dónde te escondes? ¿A quién le huyes?

Cambia tu sendero y vuelve a donde perteneces, a esos bosques llenos
de hojas que el viento lleva y arrastra; tu aroma mojada que adorna el
sitio donde nos sentábamos a ver los reflejos del cielo conjunto; con
tus ojos vivientes y entre la luz y la sombra, entrelazamos nuestros
cuerpos y sentíamos el ritmo vibrante del corazón que nos unió, a la
tierra que nos creó.

Vuelve al carbón donde fertilizaste el sudor de las fronteras, donde
espero con ansias las cenizas de tus germinaciones y el aroma del
océano cálido.

Desenlace

Y ahí estaba yo, sola en ese lugar; te vi pasar, me miraste, te mordiste
los labios, fruñiste el ceño, nos sonreímos como el sueño de anoche
donde tu cuerpo espumante descansó dentro de los cascabeles donde
nos amamos una y otra vez. En ese lugar el infinito no era nada, pero
tú lo eras todo.

El pensamiento vivo en los contenes de mi corazón y los curvados de besos iban apagando la noche; al otro día no me conocías y solo te miraba y volvías a mirarme, morderte los labios y fruncir el ceño. Me pregunto si te veré esta noche en el mismo lugar de siempre y cubrirás de sombra la candela que cubre mi piel, jugando a la noche sorda esperando el desenlace del día siguiente.

Y si las palabras desaparecen, se levantan y mueren, entonces te encontraré en el desierto del cielo donde naciste, más allá del estrecho eterno y te diré con latidos la voz que desprende mi cuerpo, una lluvia de pensamientos donde termina este sueño.

Tú y yo

Burbuja latente de pensamientos imperfectos entre tú y yo, y el mundo de nadie que está a la esquina de la nada.

Cantando entre labradores perversos y tú y yo, el horizonte que no se va entre una vida que esta.

Y tú y yo, tus cabellos grises navegando en huecos distintos a tu mirada, donde se pierde el tú y yo, atravesando la daga de una esfera.

En la patente del universo escribo cartas del tiempo en la parada estrella donde llora tu boca que se va y espera un cuerpo que regresa, unas lágrimas cuadrículadas en centellas al destino que hoy te espera.

No existe el adiós en este mundo solitario; está la débil máquina que nos separa uno del otro, bajo los límites de una frontera que grita en las tempestades del universo, y en esa esquina de la luna estamos.

Tú y yo.

Ojalá

Tan cerca y a la vez tan lejos, es como el horizonte fuera del crucigrama de la eternidad, es como el viento que llega a alta mar. Tan cerca que no recuerdo el ayer, tan lejos que se divide la mitad del corazón.

Te extraño tan lejos y llegando cerca al corazón de tu amor, del firmamento donde te siento, de esta distancia donde te amo.

Quiero llegar a ti a través del recuerdo, por medio del universo, por el roce del aire, la iris de tu estrella, recorrer el terremoto que me guíe a tu alma, penetrar en tu sentido.

Amarte desde siempre hasta nunca, eres el firmamento convertido a desierto, un gavián enrojido de caricias, un amor con sabor a primavera.

Inefable

No puedo expresar lo que siento, pero puedo plantearte un destino, unificarte la historia perversa de pensamientos mudos.

Sufro de sonidos que soñaron sueños, de lágrimas que volaron a la melancolía y de mis palabras que son para ti, una fantasía donde te amé entre mi cabeza y tu atmosfera vacía.

Callo, y solo siento tus brazos en mi sangre indigente, los símbolos que no veo y perderte es mejor que sentirme más que yo.

Lejos estoy de lo que me condenas, de tus ausentes venas llenas de lágrimas y tu olor a remordimiento acaba con mi único ser, ese que está cerca de mi ceguera.

Muerta de miedo en los confines de mi sombra, aprieto lo único que me queda en las venas, la lucidez que embriaga todos los lumbares de mi cuerpo en esta última noche inefable.

ACTIVIDADES
DEL TALLER

Conversatorio con Vladimir Tatis,
Premio Funglode de Cuento Juan Bosch,
2014-2018



Conversatorio con Fernando Berroa sobre Realismo Mágico, 2016



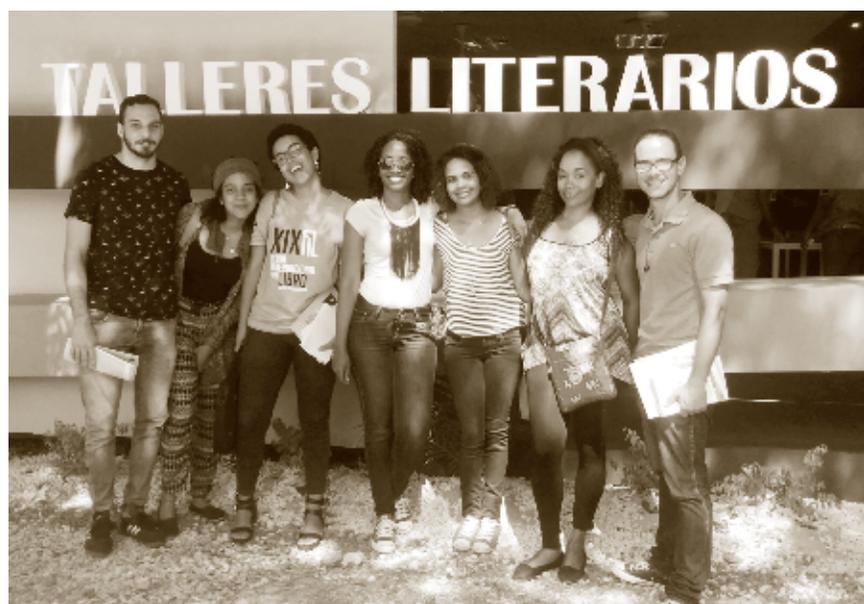
Encuentro con el grupo Mentés Extremófilas, 2016



Encuentro jóvenes escritores con Mario Vargas Llosa, 2016



Feria Internacional del Libro de Santo Domingo, 2016





Puesta en circulación de *Pasión analítica*,
de Nan Chevalier, 2016



3er. Encuentro Nacional de Grupos y Talleres Literarios, 2016







Festival de Poesía en la Montaña 2016







Entrega de premios FILSD, 2016



FILSD 2017





4to. Encuentro Nacional de Grupos y Talleres Literarios 2017



3er. Congreso de Lengua y Literatura en la Costa 2017







Carlos Muñoz, joven destacado en el Día de la Juventud 2018



Poemas a la Patria, Unapec 2018



El por qué de la lectura, Unapec 2018



¿Qué significa ser joven escritor? Unapec, 2018



Reconocimiento al Taller Literario Mariano Lebrón Saviñón







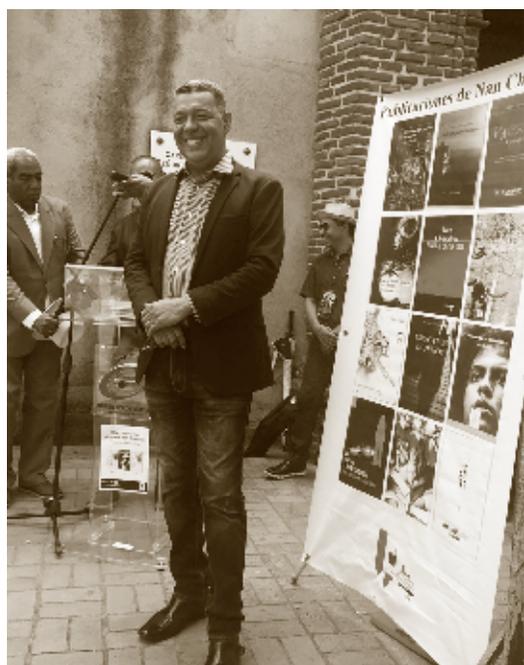
FILSD 2019











PUBLICACIONES FONDO EDITORIAL UNAPEC

Libros

- *El derecho de huelga: estudio comparativo*, Porfirio Hernández Quezada, 1982.
- *Cien años de miseria en Santo Domingo. 1600-1700*, Frank Peña Pérez, 1985.
- *Y nadie sabe quién es su legislador. Coloquio experiencias del sistema electoral: evaluación y perspectivas*, Leonel Rodríguez y Joachim Knoop (ed.), 1986.
- *La inmigración dominicana en los Estados Unidos*, José del Castillo y Christopher Mitchel (editores.), 1987.
- *Barreras: estudio etnográfico de una comunidad rural dominicana*, Víctor Ávila Suero, 1988.
- *Cuba y la República Dominicana: transición económica en el Caribe del siglo XIX*, Roberto Marte, 1989.
- *Gestión financiera y administrativa de la pequeña industria en la República Dominicana*, Sonia Lizardo, 1989.
- *Discursos desde la Rectoría*, Leonel Rodríguez, 1991.
- *El Quintana de Oro*, Evalina Estrella (recop.), 2000.
- *Estaba escrito*, Dennis Rafael Simó Torres, 2000.
- *Bajo la cruz del sueño*, Mariano Lebrón Saviñón, 2002.
- *El huracán de la ignorancia*, Dennis Rafael Simó Torres, 2002.
- *Cancionero de vida*, Dennis Rafael Simó Torres, 2003.
- *Vida y obra de don Mariano Lebrón Saviñón*, Carlos T. Martínez, 2003.
- *Lenguaje, identidad y tradición en las letras dominicanas. De Javier Angulo Guridi a Manuel Salvador Gautier*, Bruno Rosario Candelier, 2004.
- *Ensayos sobre lingüística, poética y cultura*, Diógenes Céspedes, 2005.
- *Los árboles de UNAPEC. Un monumento de la naturaleza*, Ricardo García, Francisco Jiménez y Ángel Haché, 2005.
- *Los intelectuales y el poder*, Guillermo Piña Contreras (ed.), 2005.

- *Usted no lo diga y otros temas de lingüística*, Mariano Lebrón Saviñón, 2008.
- *Max Henríquez Ureña en el Listín Diario. 1963-1965. Desde mi butaca*, Tomo I, Diógenes Céspedes (ed.), 2009.
- *El control de constitucionalidad como garantía de la supremacía de la Constitución*, Hermógenes Acosta de los Santos, 2010.
- *El habla de los historiadores y otros ensayos*, Andrés L. Mateo, 2010.
- *Estudios lingüísticos, literarios, culturales y semióticos*, Diógenes Céspedes, 2010.
- *30 años de coloquios jurídicos*, Alejandro Moscoso Segarra (comp.), 2011.
- *Los días alcionios*, Manuel Núñez, 2011.
- *Los intelectuales y el poder II*, Diógenes Céspedes (ed.), 2012.
- *La barca y el gavilán, arengas del alba y la lengua*, Tony Rafal, 2012.
- *Lecciones de cálculo superior. Ecuaciones diferenciales y métodos matemáticos*, Francesco Semerari, 2012.
- *Responsabilidad penal de los administradores en los delitos societarios*, Francisco Manzano, 2013.
- *En la universidad*, Justo Pedro Castellanos Khoury, 2014.
- *Relaciones humanas*, María Genao, Ana Pérez y Rosa Castro, 3ra. edición, 2014
- *Formas del ascenso. Estructura mitológica en Escalera para Electra de Aída Cartagena Portalatín*, Rey Andújar, coedición con Editorial Isla Negra, Puerto Rico, 2014.
- *Primera jornada científica Universidad-Empresa-Desarrollo 2012*, Aida Roca y Matías Bosch (eds.), 2015.
- *Un año de cultura tradicional dominicana. Una muestra*, Edis A. Sánchez R., 2015.
- *Santa Teresa de Jesús y el misticismo español*, Antonio Ramos Membrive, rev. padre Alfredo de la Cruz, Andrés L. Mateo, Diógenes Céspedes y Manuel Maceiras Fafián, 2015.
- *Métodos y técnicas de conservación de las obras de arte (I)*, Simona Cappelli, 2015.
- *Antología I. Taller Literario Mariano Lebrón Saviñón*, miembros del Taller, 2015.

- *La primera defensa de los Derechos Humanos en el Nuevo Mundo*, Manuel Maceiras Fafián, María Antonietta Salamone Savona, Jesús Cordero Pando, Graciano González R. Arnáiz, Luis Méndez Francisco y David Méndez Coca, 2015.
- *Pedro Henríquez Ureña: errancia y creación*, Andrés L. Mateo, 2015.
- *Pasión analítica. Apuntes sobre escritores dominicanos e hispanoamericanos*, Nan Chevalier, 2016.
- *Una mirada a la inmigración española de 1939-40 en Santo Domingo. Disertaciones presentadas en la Universidad APEC, Semanas de España en la República Dominicana 2015*, José del Castillo Pichardo, Natalia González Tejera, Bernardo Vega, Laura Gil Fiallo, Andrés L. Mateo y Diógenes Céspedes, 2016.
- *Segunda Jornada Científica Universidad-Empresa-Desarrollo 2015. Profesores gestando conocimientos*, Juan Del Rosario, Wagner Gomera, Moisés Banks, Sterling Jiménez, Santo Navarro, Hayser Beltré, Josefina de los Santos, Leonardo Díaz, Reinaldo Fuentes, Antonio Ciriaco Cruz, Tania Jiménez, Altagracia Pozo, Ileana Miyar, Johanna Poche, Mirtha González, Marylaura Pacheco, Cecilia González, Rosa Awilda López, Alfredo Fernández Dotel, Osvaldo Mota, Job Franco, Thailana Berroa y María Antonia Sánchez, 2017.
- *Cervantes y Dalí. Las Semanas de España en Unapec 2016*, Alejandro Moscoso Segarra, Danilo Caraballo Núñez, Estalin G. Alcántara Osser y Andrés L. Mateo, 2017.
- *Eficiencia y productividad del sistema financiero dominicano*, Manuel Antonio Santana Ramírez, Rafael Molina Llopis y Vicente Coll Serrano, 2018.

Revistas

- *Estudios Generales* No. 1, mayo 2018.
- *Estudios Generales* No. 2, noviembre 2018.
- *Unapec Verde* No. 1, junio 2019.
- *Estudios Generales* No. 3, mayo 2019.

Colección digital

- *Proyección de las Ciencias Pedagógicas en UNAPEC*, Luz Inmaculada Madera, Olga Basora, Dalma Cruz, Aida Roca, César Feliz, Ivelisse Zorob, Enma Encarnación, Soledad Lockhart, Miguel Díaz, Iara Tejada, Raynela Pimentel, Ileana Miyar, Cecilia González, Mirtha González y Génova Feliz, edición digital, 2016.
- *Experiencias docentes potenciando los resultados de aprendizaje. III Jornada de innovación e investigación educativa de Unapec 2016*, Ada Oliva Bazil Deñó, Moisés Alejandro Banks Peña, William Ernesto Camilo Reynoso, Osvaldo A. Mota, Emely Concepción, José Somavilla, Miriam Natalia Estrella, Daysa Santos, Dalma Cruz Mirabal, Cecilia González, Mirtha González, Raynela Pimentel, Ileana Miyar, Marylaura Pacheco González, Yajaira Oviedo, Tania Jiménez y Luis Alberto Rodríguez S., 2019.

Colección Metodología de la Enseñanza Superior

- *Evaluación en el aula*, Héctor Manuel Rodríguez, 1978.
- *Metodología de la enseñanza universitaria*, Héctor Manuel Rodríguez, 1978.

Colección UNAPEC por un Mundo Mejor

Serie Artes y Comunicación

- *La imagen corporativa en la comunicación organizacional: teoría, conceptos y puntos de vistas*, Alicia María Álvarez Álvarez, 2005.
- *Arte y comunicación I*, Elena Litvinenko, 2008.
- *El dibujo humorístico. Una aproximación didáctica*, Alexandra Hasbún, 2009.
- *Arte y comunicación II*, Elena Litvinenko, 2010.

Serie Investigación

- *La enseñanza del español: retos para la República Dominicana. El proyecto UNILINGUA-UNAPEC*, Irene Pérez Guerra, 2005.

- *La enseñanza-aprendizaje de la matemática: un modelo metodológico. El proyecto UNAPEC*, Génova Feliz, 2005.
- *Un ensayo con los programas de matemática. Colegios APEC 2002-2006*, Lidia Dalmasí, 2006.
- *Auditoría forense aplicada al lavado de dinero de las instituciones financieras*, Zoila Cáceres, César Novo, Rafael Martínez y Rafael Nova, 2010.

Serie Desde la Rectoría

- *Discursos del Rector*, Dennis Rafael Simó Torres, 2005.
- *Discursos del Rector 2*, Dennis Rafael Simó Torres, 2007.

Serie Tecnología

- *El molino de viento, una solución eólica al problema energético dominicano*, William E. Camilo R., 2005.
- *Estudio bitemporal de la deforestación en la República Dominicana usando sensores remotos*, Yrvin A. Rivera Valdez y Rubén Montás, 2006.

Serie Derecho

- *El nuevo Código procesal penal: los desafíos de la transculturación jurídica*, Cristina Aguiar, 2010.

Serie Ensayo

- *Para entender la sociedad del conocimiento de Peter Drucker*, Mario Suárez, 2005.
- *Globalización, educación y universidad. Cambio y transformación curricular*, Francisco D'Oleo, 2006.
- *Programa de Desarrollo Profesional Docente: una experiencia de postgrado accesible como estrategia de cambio y excelencia en la Universidad APEC (estudio de caso)*, Dennis R. Simó Torres, Inmaculada Madera Soriano y María de los Ángeles Legañoa Ferrá, 2006.

Serie Conferencias

- *Un país con futuro. Crisis, corrupción y pobreza: ¿cómo evitarlas?*, Opinión Álvarez, 2005.

- *Los desafíos de la universidad en el siglo XXI*, Carlos Tünnermann Bernheim, 2008.
- *Pedro Henríquez Ureña: la búsqueda de la diferencia*, Andrés L. Mateo, 2019.

Serie Ética

- *Los valores morales desde la perspectiva de la fe*, Juan Francisco Puello Herrera, 2009.

Serie Artículos

- *Mi opinión*, Wilhelm Brouwer, 2010.
- *La institucionalidad himnica dominicana*, Alejandro Moscoso Segarra, 2019.

Serie Administración

- *Una nueva perspectiva de la administración*, Raynelda Pimentel y Roberto Portuondo, 2005.

Esta primera edición de *Los pactos secretos. Antología II del Taller Literario Mariano Lebrón Saviñón*, de la autoría de los miembros del Taller, consta de 300 ejemplares y se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Editora Búho, en Santo Domingo, República Dominicana, en el mes de febrero del 2020.

La Universidad APEC (Unapec) siente gran satisfacción al presentar *Los pactos secretos. Antología II del Taller Literario Mariano Lebrón Saviñón*, en el marco de la 2da. Feria del Libro Unapec. Esta nueva publicación constituye una evidencia de que nuestro taller literario es uno de los más destacados de República Dominicana. Constituye además un logro importante, tanto en términos institucionales como sociales, pues recoge el trabajo de diversos miembros de la comunidad unapeciana: estudiantes y directivos, así como otros ciudadanos interesados en la literatura y las diferentes ramas derivadas de ella.

La dinámica de un taller literario suele ser muy activa: por él desfilan a través de los años una gran cantidad de jóvenes en busca de formación intelectual y producción creativa, para luego continuar con voz propia por el sendero de la literatura. Eso es, precisamente, lo que ha ocurrido con el Taller Literario Mariano Lebrón Saviñón. Durante una década, por el TLMLS ha pasado una cantidad notable de jóvenes interesados en el arte y han participado de las actividades propias del Taller: lecturas y análisis de textos fundamentales, creación, encuentros con escritores, participación en los principales eventos culturales del país y publicación de sus propias producciones, como es el caso de la antología que hoy se pone a circular.